

P. Miguel Ángel Fuentes, I.V.E.

EL PADRE REVELADO POR JESUCRISTO



COLECCIÓN VIRTUS

EL PADRE REVELADO POR JESUCRISTO

P. Miguel Ángel Fuentes, I.V.E.



*Ediciones del Verbo Encarnado
San Rafael (Mendoza) Argentina – Año 2008*



“Uno solo es vuestro Padre: el del cielo” (Mt 23, 9).

“Yo tengo conciencia de que es a ti, Dios Padre omnipotente, a quien debo ofrecer la obra principal de mi vida, de tal suerte que todas mis palabras y pensamientos hablen de ti. Y el mayor premio que puede reportarme esta facultad de hablar, que tu me has concedido, es el de servirte predicándote a ti y demostrando al mundo, que lo ignora, o a los herejes, que lo niegan, lo que Tú eres en realidad: Padre” (San Hilario, Tratado sobre la Santísima Trinidad, L.1, 37)

“Si Él da la generación a otros, no ha de ser estéril” (Santo Tomás de Aquino, “Suma contra gentiles”, IV, 2).

“La devoción al Padre fue la de Jesús. ¿Cómo no habría de ser también la nuestra?”, escribía Émile Guerry. Por eso debe sorprendernos lo poco que los cristianos conocemos a Dios Padre, más aún si tenemos en cuenta que el tema principal de las enseñanzas de Jesucristo fue precisamente el misterio de su Padre. Jesús pasó gran parte de su vida pública hablando con el Padre o hablando del Padre, desde su primera intervención pública, apenas cumplidos los doce años: “¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que mi lugar es en la casa de mi Padre?” (Lc 2, 49). ¡Y a pesar haber leído o escuchado tantas veces los evangelios, numerosos son aquéllos a quienes la realidad paterna de Dios resulta extraña o quizá, entendiéndola intelectualmente, ésta influye muy poco en sus vidas!

De aquí que la confianza en Dios, cimiento de la madurez y del equilibrio humano, sea para muchos hombres y mujeres una virtud desconocida. ¿Y cómo podría ser de otro modo? Miremos al niño pequeño. Vive despreocupado de la vida, porque de ésta, como de su futuro, “se encargan sus padres”; confía ciegamente en ellos y abandona todas sus preocupaciones en sus manos, aunque éstos, en la práctica, no sean capaces de resolverlas. Pero su confianza no descansa en el hecho de verlos grandes y poderosos en comparación con sus límites personales; también ve del mismo modo a muchos otros adultos y, a pesar de ello, si los desconoce o no tiene con ellos trato frecuente, suele ser desconfiado, ocultándose tras las faldas de su madre. Porque no es la cualidad de “grande” y de “fuerte” lo que alimenta su confianza, sino los vínculos personales (“paternidad”, “maternidad”, “fraternidad”) que lo unen con ciertos adultos en particular.

También los paganos comprendían que había un Ser supremo omnipotente e infinito, pero sentían más temor que confianza ante su Presencia; de allí que buscaran más “apacarlo” y “contentarlo” que amarlo con ternura; jamás se les había ocurrido que podían entablar una relación de intimidad con Él hasta que Jesús vino a hablar de “nuestro Padre celestial”, y a poner en nuestros corazones un sentimiento de piedad filial y de ilimitada confianza hacia “su Padre y nuestro Padre” (cf. Jn 20, 17).

Pero ¡cuán pocos conocen lo que Jesús ha enseñado!

Hace unos años, dando una conferencia sobre la familia en una ciudad norteña, una joven mujer se acercó preocupada para consultarme sobre el tema que yo había tratado: el problema, cada vez más frecuente y grave, de la ausencia del padre en la crianza de los hijos. Me había basado en un estudio del Dr. Paul Vitz sobre “la fe de *los-sin-padre*”, donde este autor analiza la influencia que la falta del padre —o la experiencia de un mal padre— ha tenido en la historia de algunos célebres ateos. La mujer era madre soltera de dos hijos pequeños que crecían sin ninguna referencia paterna. “¿Qué debo hacer, me preguntó, para que ellos no sufran esos terribles conflictos?” Mi respuesta fue la misma que he dado para todas esas situaciones: “Hábleles de Dios Padre; complete, en la medida en que sea posible, la figura del padre que no tienen, con la realidad viva de ese Padre que nunca los abandonará. Lea qué ha explicado Jesús en los evangelios sobre su Padre y transmitalo a sus hijos”.

Si la ausencia del padre o de la madre temporal es tan dañina en el desarrollo espiritual y psicológico de todo ser humano, una buena educación de nuestra filiación divina (más difícil si no se cuenta con la figura paterna terrenal, pero siempre posible) puede hacer madurar los corazones de muchos que se desconocen a sí mismos porque no conocen a Dios o conociéndolo no tienen con Él una relación de intimidad.

La devoción al Padre, decía Faber, se caracteriza “por una inmensa ternura”. Pero además, como señalaba Émile Guerry, es *elevadora* para las almas, porque da a sus vidas el más noble ideal que se pueda tener, el ideal que llenaba toda la vida de Jesús: la gloria del Padre; es *liberadora*, al purificarlas de un egoísmo que sabe infiltrarse hasta en la más sincera piedad; es *pacificadora*, en cuanto las establece en la certidumbre del Amor infinito del Padre, rebosante de misericordia y de bondad.

“Conócete a ti mismo reconociendo al Dios que te hizo”, escribía san Hipólito en el siglo III (“Refutación de todas las herejías”, c. 10, 33-34).

Renuncias a saber quien eres, podríamos añadir, cuando desconoces al Dios que te hizo. Y no conoces al Dios que te hizo mientras tengas de Él un conocimiento abstracto, frío y lejano, ignorando su Presencia viva en el fondo de tu alma y mientras carezcas de un contacto vivo y filial con Él.

El Padre ha sido el centro de la predicación de Jesús, a quien Aquél llama, “mi Hijo, el Amado”. ¿Lo hemos comprendido así todos los cristianos? ¿Hemos entendido el mensaje de Jesucristo? ¡Podemos dudarlo! ¡Pero no nos extrañemos al vernos rodeados de huérfanos hueros y de resentidos con la vida!

He aquí, pues, el sencillo objetivo de estas pocas páginas que siguen: tratar de presentar algunos de los textos en que Jesús nos descubre su pensamiento sobre el Padre celestial. Sólo presentaré los principales pasajes de los evangelios en los que Jesús habla de su Padre, dejando de lado, salvo excepciones, los riquísimos textos de los demás escritos del Nuevo Testamento.

I Un Padre ignorado

“Esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti, Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo” (Jn 17, 3).

Dar a conocer a Dios Padre fue el centro de la predicación de Nuestro Señor: “Nadie conoce (...) bien al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11, 27). Y Jesús se lo quiere revelar a todos los que *quieran recibir esa revelación*. “La mayor obra del Hijo —dice San Hilario— fue darnos a conocer al Padre” (“De Trinitate, III).

Toda la vida pública de Jesús consistió en dar a conocer a Dios como Padre. De hecho, algunos autores dividen la enseñanza de nuestro Salvador en tres períodos: en el primero dio a conocer a los hombres que *Dios es Padre*; en el segundo reveló que *Dios es su Padre*; y en el último nos enseñó que *Dios se hace también Padre nuestro*.

¿Cuánto conocemos a Dios Padre?

Quizá sepamos de Dios *que es Padre*, pero entendiendo esa “paterinidad” divina de tal modo que se confunda con su condición de Creador. Para muchos, incluso cristianos instruidos, Dios es Padre en el sentido de

que es la causa de todas las cosas. Tal modo de paternidad divina también fue reconocida por muchas religiones no cristianas.

Pero no es a este modo de paternidad que alude Jesucristo. Si sólo puede conocerla aquél a quien el Hijo la revela, entonces se trata de una paternidad absolutamente trascendente, misteriosa, no accesible a la razón humana.

¿Qué puede tener de distinto esa paternidad divina revelada respecto de la paternidad divina común accesible a la razón humana?

Ante todo, una comunicación de vida (ser padre es comunicar vida) totalmente especial: no es la donación del ser, sino de la misma vida personal de Dios. Dios diviniza al hombre; le participa su propia vida íntima.

Además, Dios, como padre, quiere *intimidad* con sus hijos, con cada uno en particular.

También su amor es totalmente único, al punto de “sacrificarse” por sus hijos, no solamente como cualquier padre auténtico hace por sus retoños, sino de un modo tal que ni siquiera un padre terreno es capaz de entregarse (lo que vemos de modo patente en la muerte de Cristo en la cruz).

La capacidad de perdón de este Padre supera la comprensión humana. Por eso los paganos hablaban de Dios como padre común, pero no como perdonador. Lo aplacaban con sacrificios, pero no le agradecían el perdón de las culpas porque su voluntad de misericordia escapaba a su ingenio.

¿Hasta dónde llega nuestro conocimiento del Padre? El Apóstol san Judas Tadeo, en la breve carta que escribió nos llama “los que han sido amados de Dios Padre” (Jd 1). ¿Nos juzgamos así? ¿Percibimos el corazón del Padre y su actitud hacia nosotros? ¿Vivimos confiados en esa mirada paternal?

El autor de la Imitación de Cristo escribió esta hermosa oración:

“Te bendigo, Padre celestial, Padre de mi Señor Jesucristo, que tuviste por bien acordarte de este pobre. ¡Oh Padre de las misericordias, y Dios de toda consolación! Gracias te doy porque a mí, indigno de todo consuelo, algunas veces recreas con tu consolación. Te bendigo y te glorifico siempre con tu Unigénito Hijo, con el Espíritu Santo consolador por los siglos de los siglos. ¡Oh

Señor Dios, amador santo mío! Cuando Tú vengas a mi corazón, se alegrarán todas mis entrañas. Tú eres mi gloria y la alegría de mi corazón. Tú eres mi esperanza y refugio en el día de mi tribulación” (Imitación de Cristo, III, 5).

II Un Padre que habita en nuestros corazones

“Vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14,23).

¿Dónde está Dios? En todas partes. Pero de modo especial está en el corazón del justo, es decir, del que vive en gracia. Ésta es una afirmación y una promesa de Jesús: “Mi padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él”

“«Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros. El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él». Le dice Judas —no el Iscariote—: «Señor, ¿por qué te vas a manifestar a nosotros y no al mundo?» Jesús le respondió: «Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él»” (Jn 14, 20-23).

“Yo te buscaba fuera pero tú estabas dentro”, ha escrito San Agustín. Esta residencia del Padre en el corazón del hombre no es lo que los teólogos llaman presencia de “inmensidad”, por la cual Dios está presente en todas cosas dándoles el ser y conservándolo. Es algo del todo distinto. El Padre envía al Hijo a cada corazón en gracia; y el Padre y el Hijo envían el Espíritu Santo y el Padre viene por Sí mismo. Dios Padre está, pues, allí, en lo más profundo del corazón para ser conocido y amado.

¿Para qué? “Para que podamos usarlo y gozarlo” dice Santo Tomás con palabras cargadas de audacia. Cuando se da algo a alguien —sigue explicando el Santo Doctor— es para que éste lo disfrute y se goce con el obsequio recibido. Si Jesús dice que Dios Padre se nos da a nosotros, esto significa que Él quiere que nos gocemos con su Persona (cf. Suma Teológica, I, 43, 3 ad 1).

Es un misterio demasiado grande para ser entendido plenamente; y hasta puede parecer demasiado bueno para ser verdad. ¡Pero es verdad! Lo garantiza la promesa misma del Señor que dijo “Yo soy la Verdad”.

La presencia de la Trinidad Santísima en los corazones es la prueba más grande del amor de Dios.

“La Trinidad, ha escrito Isabel de la Trinidad: aquí está nuestra morada, nuestro hogar, la casa paterna de la que jamás debemos salir... Me parece que he encontrado mi cielo en la tierra, puesto que el cielo es Dios y Dios está en mi alma. El día que comprendí eso todo se iluminó para mí. Creer que un ser que se llama El Amor habita en nosotros en todo instante del día y de la noche y que nos pide que vivamos en sociedad con El, he aquí, os lo confío, lo que ha hecho de mi vida un cielo anticipado”.

En realidad Dios nos “acosa” con sus modos de presencia. Con razón dijo San Pablo: “en Él somos, nos movemos y existimos” (Hch 17, 28). Porque sabemos que está presente en todas las cosas dándoles el ser y manteniéndolas en la existencia; se hace presente en las creaturas derramando en ellas sus perfecciones para que nos elevemos hasta lo invisible por la escala de lo visible; está presente Jesús en la Eucaristía de un modo único y excelso. Pero además de todos estos modos, también está presente la Trinidad toda, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en cada alma en gracia.

Con toda razón afirma San Pablo: “¿No sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo?” (1Co 6, 19).

Debemos sumergirnos cotidianamente en nuestro propio corazón y allí, en la soledad y en el silencio, adorar a Dios Padre, pues este gesto de su infinita bondad dadivosa es una manifestación de su paternidad. “Acaeciame venirme a deshora, escribe Santa Teresa, un sentimiento de la presencia de Dios que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí o yo toda engolfada en Él” (“Vida”, 10, 1).

¿Cuántas veces adoramos a Dios Padre presente en nuestros corazones? Y si no lo hacemos, o lo hacemos pocas veces, ¿cómo pretendemos amarlo o crecer en su amor y en su conocimiento si viviendo junto a Él no

somos capaces de atenderlo? ¿Pedimos como Felipe: “Señor, muéstranos al Padre y nos basta”? Si lo hacemos, quizá oigamos las mismas palabras que Felipe: “tanto hace que estoy contigo y no me conoces”.

El 21 de noviembre de 1904, Isabel de la Trinidad escribió esta oración que se conoce como “Elevación a la Santísima Trinidad”:

*¡Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro!
Ayúdame a olvidarme totalmente de mí,
para establecerme en Ti;
inmóvil y serena,
como si mi alma estuviera ya en la eternidad.
Que nada pueda turbar mi paz,
ni hacerme salir de Ti,
mi Dios inmutable,
sino que cada momento me sumerja más adentro
en la profundidad de tu Misterio.
Pacifica mi alma,
has en ella tu cielo,
tu morada más querida y el lugar de tu descanso.
Que nunca te deje yo solo allí,
sino que esté por entero allí contigo,
bien alerta en mi fe,
en total adoración y completamente entregada
a tu Acción creadora.*

*¡Oh mi Cristo Amado, crucificado por amor!
quisiera ser una esposa para tu Corazón;
quisiera cubrirme de gloria;
quisiera amarte...¡Hasta morir de amor!
Pero conozco mi impotencia,
y te pido que me “revistas de ti mismo” (Ga 3, 27),
que identifiques mi alma con todos los sentimientos de tu alma,
que me sumerjas en Ti,
que me invadas,
que ocupes Tú mi lugar,
para que mi vida no sea más que una irradiación de tu Vida.
Ven a mi como Adorador,
como Reparador y como Salvador.*

*¡Oh Verbo Eterno, Palabra de mi Dios!
Quiero pasar mi vida escuchándote,
quiero ser toda oídos a tu enseñanza para aprenderlo todo de Ti.
Y luego,
en medio de todas las noches,
de todos los vacíos y de toda mi ineptitud,
quiero vivir con los ojos siempre clavados en Ti
y permanecer bajo tu inmensa Luz.*

*¡Oh mi Astro querido!
Fascíname de tal manera,
que ya nunca pueda salirme de tu radiación.*

*¡Oh Fuego devorador, Espíritu de Amor!
"Ven a mí" (Lc 1, 35)
para que se produzca en mi alma
una especie de encarnación del Verbo:
que sea para Él pueda renovar todo su misterio.*

*Y Tú ¡Oh Padre!
inclínate sobre esta pobre criaturita tuya,
"cúbrela con tu sombra",
y no veas en ella más que a tu "Hijo Amado,
en quien has puesto todas tus complacencias"*

*¡Oh mis Tres, mi Todo
mi Eterna Bienaventuranza,
Soledad Infinita,
Inmensidad donde me pierdo!,
yo me entrego a Ti como víctima.
Escóndete en mí para que yo me esconda en Ti (Col 3, 3),
hasta que vaya a contemplar en tu luz el abismo de tus grandezas.*

III Un Padre que nos escucha

"Pedid y recibiréis" (Jn 16, 24).

No debemos entender esta afirmación de Jesús en el sentido absoluto de recibir precisamente aquello que pedimos, porque Dios sabe que muchas cosas que solemos pedir no nos convienen, o nos resultarían inútiles, o incluso dañinas. Nuestra ciencia es limitada. Sólo Dios conoce todas las cosas.

Quiere decir, en cambio: “vuestra oración, si está bien hecha, no quedará sin fruto”.

Así como el rocío que baja a la tierra no vuelve al cielo sin haber fecundado la tierra, igualmente la oración.

Dios, todo cuanto toca, lo fecunda. También aquello que toca a Dios se vuelve fecundo. Él es el árbol de la vida puesto en el centro del paraíso.

Nuestra oración, bien hecha, toca el corazón de Dios. ¡No puede quedar estéril!

Consigue, siempre, paz, serenidad, conformidad.

Es, de hecho, Jesucristo quien sale de garante de Dios Padre en este ofrecimiento de total confianza. El Padre no miente; Jesús tampoco. Por tanto no se puede dudar del éxito de la oración.

Dios no defrauda, dice San Pablo. Sé en quien he puesto mi confianza.

Lo juro, repite a menudo Dios en la Escritura (cf. Ez 34, 8).

En estas palabras de Jesús también hay una afirmación total como un juramento.

IV. Un Padre para el que valemos mucho

“¿No valéis vosotros más que dos pichones?” (Mt 6, 27)

Estas palabras están en el discurso de Jesús sobre la Providencia paterna (Mt 6, 25-34). Por tanto se refieren al valor que cada hijo tiene para Dios Padre.

¿No valemos nosotros “para el Padre” más que las aves del cielo?

Valer hace referencia al precio.

¿En cuanto nos “tasa” Dios Padre?

San Pedro ha dicho: “Habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como el cordero sin tacha ni mansilla, Cristo” (1Pe 1, 18-19).

Y San Pablo: "Habéis sido bien comprados" (1Co 6, 20).

¡Cuántos hombres y mujeres viven agobiados por el demonio del "desvalor"! Creen que no valen nada, que no tienen sentido en el mundo, que no son preciosos o importantes para nadie.

Ése es un injustísimo pensamiento. Jesús ha descrito la inmensa valía que cada uno de nosotros tiene a los ojos del Padre en una breve pero hermosa parábola, la que aplica a la actitud de su Padre hacia nosotros: "¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas y se le pierde una de ellas, ¿no dejará en los montes las noventa y nueve, para ir en busca de la descarriada? Y si llega a encontrarla, os digo de verdad que siente más alegría por ella que por las noventa y nueve que no se perdieron. De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno solo de estos pequeños" (Mt 18, 12-14).

Hay, tras el sentimiento de "no valer nada", cierta falta de humildad que hunde sus raíces en el orgullo que carcome lo mejor de todo hombre. Porque el olvido, el menosprecio, el ser relegados, los últimos puestos, duelen al orgulloso más que las llagas corporales. ¡Más todavía al que es orgulloso *inconfeso*! Es decir, el orgulloso que ni siquiera reconoce este defecto lacerante.

Y este sentimiento de infundada inferioridad, además de ser una falta de virtud, se apoya en un principio falso e injusto. Es falso porque Dios nos cotiza a un precio infinito. Y es injusto porque reprochamos a nuestro Padre un olvido inexistente. Para Dios somos importantes. Y aunque no hay que buscar "ser importantes" (lo que nace del orgullo) hay que reconocer que lo somos (lo que nace del realismo):

"Hijo, glóriate con moderación,
y estímate en lo que vales" (Sir 10, 28).

La humildad consiste en vivir concientes de que este valor que tenemos a los ojos de Dios: (a) no lo merecemos, porque todo cuanto Dios encuentra en nosotros lo ha puesto Él mismo en nuestros corazones (está en nosotros pero no viene de nosotros); (b) no nos exime de poner el esfuerzo por vivir santamente, porque Dios no nos salvará de la condenación (separación eterna de Él) si descuidamos hacer lo que nos manda; (c) nos sobra para ser felices, pues lo que realmente vale es ser pesados a peso de

oro en la balanza de la mirada divina, mientras que nada quita o añade lo que piensen los demás de nosotros, ni su reconocimiento o su olvido.

Los ojos del Padre acrecientan lo que miran con amor. Sus ojos son los que *ponen* valor en nosotros al mirarnos con ternura y cariño. “Moisés era hermoso a los ojos de Dios”, dice la Escritura (Hch 7, 20). Como Moisés, cada uno de nosotros es *hermoso a los ojos de Dios* porque Él ve en nosotros la imagen de su Hijo que Él mismo ha tallado en nuestras almas: “Nosotros somos para Dios el buen olor de Cristo” (2Co 2, 15).

Nuestros complejos de inferioridad (de donde brotan las amarguísimas reacciones de superioridad y prepotencia) se combaten con esta conciencia del valor que Dios ha puesto en nuestras almas.

V. Un Padre que se complace en sus hijos

“Éste es mi Hijo Amado en quien me complacezo”
(Mt 3, 17; cf. Mc 1,11; 9, 7; Mt 17, 5).

Mateo y Marcos repiten varias veces estas palabras del Padre, oídas en las dos teofanías principales de Jesús: durante su bautismo y en su transfiguración.

Se refieren, evidentemente, a Jesús de modo único y especial; pero también tienen una “derivación” a todo bautizado que es, por el carácter bautismal, otro Cristo.

Revelan a un Padre “amoroso”, un Padre enamorado de su Hijo, un Padre capaz de referirse a su Hijo como “el Amado”, expresión que también san Pablo aplicará más tarde a Jesús: “el Amado del Padre” (cf. Ef 1, 6) o “su Hijo Amado” como traduce la Vulgata. En otra oportunidad, Jesús dice: “el Padre quiere al Hijo y le muestra todo lo que Él hace” (Jn 5, 20).

Jesús tenía constantemente conciencia de ser amado por el Padre: “Por eso me ama el Padre” (Jn 10, 17); “Como el Padre me amó (Jn 15, 9).

Dios es Amor, como dice San Juan. El amor es su esencia: el Padre es el Amante, el Hijo el Amado, el Espíritu Santo el Amor que une al Amante y al Amado.

Al mismo tiempo ese Hijo Amado es también el Hijo “entregado por amor a los hombres”: “Tanto amó Dios al mundo que le envió a su Hijo único para salvarlo” (Jn 3, 16).

Si la medida del amor se pone de manifiesto en el don que se hace a quien se ama (pues el amor se manifiesta en dones, y la medida del amor en la medida de los dones) entonces deberíamos concluir, obligados por esta lógica, que Dios ha amado a los hombres tanto cuanto a su Hijo único, pues ha sido capaz de entregar por ellos a Este último. Esto es posible porque Dios Padre ha grabado la propia imagen del Hijo-Verbo en el corazón de cada ser humano. Por este motivo el Padre puede amar a cada hombre con un amor semejante al que tiene por el Hijo.

Por tanto, todo hombre en quien se encuentra la imborrable imagen de Dios en la esencia de su alma (y más en quienes brilla la imagen sobrenatural de la gracia) puede aplicarse (analógicamente, por cierto) la expresión de “amado del Padre”. Lo confirma el mismo Jesús en la Última Cena: “el Padre mismo os quiere, porque me queréis a mí y creéis que salí de Dios” (Jn 16, 27).

Siempre debemos tener presente esta gran verdad: somos hijos de Dios porque Dios Padre ha querido que seamos sus hijos. Hay una *voluntad expresa* de parte del Padre de hacernos hijos. Dice San Pablo: “Dios envió a su Hijo al mundo *para que recibiéramos la adopción*” (Gal 4, 4); es decir, lo mandó para hacernos sus hijos a través de Jesús.

Aquél que se siente “desamado” de Dios, una especie de aborto del amor divino, un paria ante Dios, se miente a sí mismo, no comprende el misterio de su llamado a la vida eterna, ni la dignidad de su alma, ni la vocación sobrenatural a “configurarse” con Jesucristo: “eligiéndonos de antemano para ser sus hijos por medio de Jesucristo” (Ef 1, 5); “los predestinó a ser imagen de su Hijo” (Rm 8, 29).

“Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!” (1Jn 3, 1).

VI Un Padre digno de respeto

“No tentarás al Señor tu Dios” (Mt 4, 7; Dt 6, 16)

Jesús tenía un extraordinario cariño y confianza con su Padre, pero esta respuesta dada por dos veces a Satanás durante las tentaciones en el desierto manifiestan también el enorme respeto que sentía hacia Él. “Yo... honro a mi Padre, pero vosotros me deshonráis a mí”, se queja a sus ad-

versarios (Jn 8, 49). “Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a Él darás culto” (Mt 4, 10; Dt 6, 13).

Jesús subraya, de ese modo, la trascendencia de Dios Padre a quien se le debe adoración, culto y respeto.

Dios es un Padre amoroso. Pero con Dios no se juega. Que sea amoroso y que el cariño marque nuestras relaciones con Él no implica que podamos tomarlo trivialmente.

Lamentablemente el mundo de hoy —la parte que todavía cree en Dios— lo toma poco en serio.

Como muestra basta pensar en el gran número de hombres que no “entienden” cómo puede compaginarse la Bondad infinita y el Castigo eterno: “si Dios es bueno no puede condenar a ningún hombre”, escuchamos a menudo. Y este razonamiento los empuja luego (o les da licencia) para tomarse en solfa la vida y burlarse de la ley de Dios. Si Dios, de todos modos los ha de salvar, según ellos creen, ¿qué sentido tiene atarse a una ley que es, a veces, difícil?

Pero este modo de pensar delata, en el fondo, una imagen equivocada de Dios Padre. Padre “bueno” equivale, para muchos, a padre “bonachón” y “consentidor”. “Amar” es, para el mundo, “permitir”; se piensa que si alguien ama, no puede prohibir, ni castigar, ni corregir.

Pero un padre que no sabe castigar cuando el mismo amor lo exige, no ama. Tal vez piense que ama, pero la Palabra de Dios es muy dura a este respecto: dice que tal padre “odia” (Prov 13, 24). Por eso se equivocan tanto incluso padres que no pretenden ser malos. Cuando Amón, hijo de David, abusó de su media hermana, dice el libro de Samuel que “el rey David se irritó en extremo, pero no quiso castigar a su hijo, al que amaba porque era su primogénito” (2Sam 13, 21). Y precisamente por no castigarlo en ese momento, más tarde lloró sobre su cadáver, cuando su otro medio hermano, Absalón, se cobró, quitándole la vida, la vergüenza de la hermana humillada. A Leonardo da Vinci se atribuye la frase que dice: “Quien no castiga el mal, ordena que se haga”.

Un jardinero que no endereza una planta cuando comienza a torcerse, arruina su futuro, pues llegará el momento en que esa planta, convertida en árbol, se quiebre y caiga, o ponga en peligro la vida de los que pasean a su sombra, y por eso haya que cortarla. El que le permitió crecer “según su apatencia” tiene la culpa de su mala o de su corta vida.

Sin embargo, a pesar de comprender estas metáforas de buen sentido, para el mundo *bueno* es quien deja hacer: “laissez faire”. Y así piensan los mundanos que tiene que ser Dios si pretende ser aceptado como padre: no corregir, no amenazar, no castigar, no arruinar la fiesta de los goces de la vida.

Jesús dice que el Padre es, no Bueno sino Bonísimo. Pero también explica que es su Bondad la que lo lleva —por amor al hombre— a recordarle a éste que debe dar a Dios el lugar de Dios: “dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. A Dios se le debe el alma entera.

Lo entendieron muy bien los discípulos de Cristo cuando lo vieron lleno de ira en el Templo y diciendo a los que vendían palomas y cambiaban dinero en él: “Quitad esto de aquí. No hagáis de la Casa de mi Padre un mercado” (Jn 2, 16).

No se juega con Dios; no debemos dejarlo de lado, ni tomarlo en broma.

A Dios Padre hay que respetarlo, darle su lugar, recordar su trascendencia.

Esto se resume en una palabra: “adorarlo”. A Él solo.

VII Un Padre para imitar

“Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial”
(Mt 5, 48).

Es una ley de la vida que los hijos se parecen a su padres; no sólo en los rasgos físicos sino —quizá más— en los movimientos, gesticulaciones, lenguaje, modos, reacciones, razonamientos, psicología, etc.

Este parecido se debe a la imitación (inconsciente por lo general) y ésta, a su vez, a la frecuentación (la convivencia cotidiana).

Jesús habla aquí de una exigencia: “Sed”.

Es un imperativo.

Como si dijera: “Sois hijos de Dios; por tanto, pareceos a vuestro Padre”.

Que los demás “saquen” por vuestros rasgos de Quién sois hijos.

Como Jesús dice de los fariseos y escribas que lo perseguían: “vosotros hacéis las obras de vuestro padre [*el diablo*]” (Jn 8, 41); “Vosotros pertenecéis a vuestro padre el diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Éste es homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad (...). A mí, como os digo la verdad, no me creéis” (Jn 8, 44). Por su incredulidad, y rechazo de la verdad, aquellos adversarios del Señor manifestaban ser hijos del “Rechazador-de-la-Verdad”, de “quien-no-se-mantuvo-en-la-Verdad”, es decir, del diablo.

A nosotros, Jesús nos manda que imitemos la perfección de nuestro Padre. El Señor nos juzga, pues, capaces de conocer a Dios, e incluso de conocerlo, en cierto modo, “perfectamente”, y más aún, de *imitarlo*.

De aquí podemos deducir que si no conocemos a nuestro Padre la culpa debe ser nuestra. Y si no lo imitamos, también los culpables somos nosotros.

Quizá creamos no conocerlo, aunque esté delante nuestro. Un árbol puede estar frente a nuestros ojos, pero si lo buscamos en otro lado, creemos que nunca nos hemos topado con él. Felipe le dice a Jesús en la Última Cena: “Señor, muéstranos al Padre, y esto nos basta”. Y Jesús le responde con un reproche: “Felipe, ¡hace tanto tiempo que estoy con vosotros y no me conocéis! Quien me ha visto, ha visto al Padre” (Jn 14, 10).

¡Imitar a Dios! Esto parece una empresa imposible. Sin embargo hay algunos rasgos principales de Dios a los que podemos aspirar.

La perfección del Padre es, ante todo, ser Espíritu; imitar su perfección es, pues, espiritualizarse tanto cuanto sea posible, por el desasimiento de todo lo creado, alcanzando esa libertad de la que hablaba San Luis María Grignon de Montfort: “Libres: almas elevadas de la tierra y llenas del celestial rocío, que, sin obstáculos vuelen por todos lados, movidos por el soplo del Espíritu Santo. En parte, fue de ellas que tuvieron conocimiento vuestros profetas, cuando preguntaron: ¿Quiénes son éstos que vuelan como nubes? Donde estaba el ímpetu del espíritu, allí iban” (“Oración abrazada”).

La perfección del Padre es ser Dios; imitar su perfección es, pues, dejarse divinizar por Él tanto cuanto sea posible; es vivir su misma vida, lo que recibimos por participación a través de la gracia santificante que Él infunde en nuestros corazones.

La perfección del Padre es darse todo entero; imitar su perfección es, pues, encaminarse al don total de sí mismo.

Dice Jesús: "llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren" (Jn 4, 23). *Así quiere que sean*. La perfección que nos exige Jesucristo para parecernos al Padre celestial es vivir "en espíritu y en verdad", "es decir, explica Santo Tomás, en el fervor de la caridad y en la verdad de la fe" (Comentario a San Juan). El Padre quiere que sus adoradores, sus hijos, estén transformados por la verdad (que nos viene por la fe en la Verdad revelada por Dios Padre) y traspasados por el amor.

A través de estas dos virtudes nos asemejamos al Padre que es Caridad y Verdad.

VIII. Un Padre que ve en lo secreto

"Tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará... Tu Padre, que está allí, en lo secreto" (Mt 6, 4.6).

Seis veces apela Jesús en el Sermón de la Montaña a la expresión "en lo secreto" para referirse al ámbito íntimo de la acción del Padre.

Lo *secreto* es la intimidad del alma, el núcleo profundo del corazón y de la conciencia.

El Padre está allí, oye, actúa. San Agustín dejó escrito de su propia experiencia: "Tarde te amé, Belleza, tan antigua y tan nueva, ¡tarde te amé! Estabas dentro mío, y yo te buscaba por fuera... Me lanzaba como una bestia sobre las cosas hermosas que habías creado. Estabas a mi lado, pero yo estaba muy lejos de Ti. Esas cosas... me tenían esclavizado. Me llamabas, me gritabas, y al fin, venciste mi sordera. Brillaste ante mí y me liberaste de mi ceguera... Aspiré tu perfume y te deseé. Te gusté, te comí, te bebí. Me tocaste y me abrasé en tu paz" ("Confesiones").

Dios está en todas partes, pero en muchos de esos lugares además de Dios encontramos tantas otras realidades que no son Dios: cosas, personas, ruidos, asechanzas, tentaciones, etc.

En lo íntimo del alma, en lo más profundo de la conciencia, sólo está Dios. Nadie puede entrar allí fuera de su propio dueño y del Creador de ella.

Allí el hombre está a solas con Dios.

Y esa presencia de Dios en lo más profundo de la conciencia no es una presencia amenazante sino para quien voluntariamente vive mal. Para los demás Él está allí “para recompensar” (Mt 6, 4), “para escuchar” (Mt 6, 6), “para ver” (Mt 6, 18).

Es un consuelo saber que Dios Padre está siempre disponible para quien quiera buscarlo dentro de sí mismo.

Pero ese Dios escondido en nuestro íntimo no es nuestro “yo interior”. Hoy muchos psicólogos hablan del “dios interior”, pero no se refieren al Padre trascendente que penetra y está en la intimidad del alma. Aluden a nosotros mismos; según creen, dentro mío yo encuentro a Dios por la sencilla razón de que me encuentro conmigo mismo y yo (afirman de modo panteísta) *soy Dios*. No son pocos los que tergiversan las palabras de Jesús para que suenen en este estilo.

Pero eso no es lo que enseñó Jesús. Para Él, Dios es distinto del hombre y si bien todo hombre conserva, aún en el pecado, la imagen de Dios, Dios en persona no viene sino a quien lo ama; y lo ama quien cumple sus mandamientos, es decir, el que vive en gracia. Algunos hombres no encuentran a Dios dentro de su corazón, porque el Padre no está en ellos pues, como dice San Juan: “quien ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1Jn 2, 15).

“Quien permanece en el amor —enseña el Apóstol amado— permanece en Dios y Dios en él” (1Jn 4, 16).

Dios no está en quienes caminan mal; no está, pues, en quien no vive “como él vivió” (cf. 1Jn 2, 6). Quizá sienta otro modo de presencia de Dios: la acusación de su propia conciencia por la ausencia culpable de Dios.

Cuando Dios no está en el centro del alma, bajar a sus profundidades puede ser un ejercicio peligroso. Bajar a los secretos del alma sin purificarla con la penitencia y la confesión de los pecados es bajar a un sótano vacío, o mejor dicho, revuelto de malos espíritus.

Pero Dios no se ausenta sino de quien lo echa: “permaneceremos en Él”. Y donde sea que nos encontremos podemos penetrar ese tem-

plo de intimidad y saber que somos vistos y escuchados por un Dios que es Padre.

Más aún. Jesús da a entender que Dios debe ser buscado en el secreto. "Entra en tu aposento" (Mt 6, 6), oculta de los hombres tu ayuno, tu oración, etc.

El Padre quiere ser buscado en lo secreto. En el silencio, en la paz interior, en la quietud de la noche.

No lo encontraremos en el ruido, en la calle, en el tumulto, en las muchas palabras, en la ostentación.

Nunca estamos solos.

"Alma querida, tú andas buscando a Dios, y Él está en todas partes. Todo te lo revela, todo te lo da, está junto a ti, a tu alrededor, en ti misma ¡y andas buscándole! Posees la sustancia de Dios, y buscas su idea. Buscas la perfección, y está en todo cuanto de sí mismo se te presenta. Tus sufrimientos, tus acciones, tus inclinaciones, son enigmas bajo los cuales se da Dios a ti por sí mismo, mientras que vanamente sueñas ideas sublimes, de las que no quiere servirse para morar en ti" (J.P. de Caussade).

IX. Un Padre atento

"Tu Padre sabe lo que necesitas antes que se lo pidas" (Mt 6, 8)

Nuestro Padre nos conoce mejor de cuanto nos conocemos nosotros mismos.

Las palabras de Jesús nos enseñan que Dios Padre no se parece a esos padres terrenos que ignoran lo que les sucede a sus hijos.

Junto a los padres y madres heroicos y santos que tienen un corazón gigantesco, lamentablemente también abundan los padres ausentes de sus hogares, o presentes pero tan desatentos a las necesidades y problemas de sus hijos que parecen floreros de adorno. Abundan los padres que no sólo se han vuelto incapaces de entrever o adivinar las preocupaciones, las dudas y las perplejidades de sus hijos, sino que son, incluso, sordos y ciegos a los problemas que explícitamente aquellos les plantean.

Éste es el pan cotidiano de nuestra sociedad sin padres de corazón, que traen un hijo al mundo pero dejan sin engendrar el corazón y el alma dentro de ese hijo, como si ser padre permitiera disociar esos dos momentos consecutivos de la generación total del hijo. No hay que confundir “parir” con “ser padres”. Lo primero es una función biológica, común con los animales; lo segundo es una misión espiritual, en la que los hombres participan de Dios, de quien “desciende toda paternidad” (“toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces” —St 1, 17—, también la paternidad).

Por eso duelen los gritos angustiosos con que tantos hijos tratan de llamar la atención del padre indiferente: con rebeldías, planteamientos discutibles, autismos, incursiones en el mundo de la droga, del sexo, de la homosexualidad, del alcohol, de la magia, del rock alucinante, de los malos compañeros que ofrecen el ambiente acogedor que no encontraron en sus familias. Hay excepciones, ciertamente.

Sin negar la responsabilidad que tienen los niños y jóvenes que se han metido en estos lodos hasta el cuello, no podemos ocultar la triste verdad que enseña que, en tantos casos, estas situaciones han comenzado siendo desesperados llamados de atención a un padre o una madre “absortos” o “distráidos” en “sus cosas”, en sus problemas, en sus propios planes y afanes.

En contraposición, Jesús presenta al Padre celestial como “atento de antemano”: “lo sabe antes que se lo pidas”.

Nadie puede saber qué necesitamos antes de haberlo pedido, a menos que nos conozca muy bien y esté atentísimo a los menores movimientos de nuestra alma.

Y Jesús añade, además, que Dios no solo es un Padre que conoce nuestras necesidades sino un Padre que quiere darnos lo que necesitamos.

El “silencio de Dios” (¡terrible prueba para todo hombre!) no debe ser interpretado como ignorancia, desatención, indiferencia, despreocupación. Las palabras de Jesucristo no nos permiten siquiera pensarlo sin manchar nuestros labios con una blasfemia. Por eso, de nuestra parte debe haber confianza, seguridad, paz, tranquilidad.

Los que han tenido padres buenos y generosos suben fácilmente (si quieren, pues también hay excepciones) al conocimiento del Padre celestial. ¡Pero qué error (generalmente involuntario) el de quienes forjan

la imagen que tienen de Dios a la luz de las imágenes paternas imperfectas o malas, que también se dan en esta vida!

Dios sabe “lo que necesitamos”, por supuesto, pero eso no siempre coincide con lo que nosotros *pensamos* necesitar. Él conoce sin posibilidad de error nuestras verdaderas necesidades (¡algunas de las cuales nosotros mismos desconocemos o no sabemos expresar!), mientras que cuando decimos “necesito”, con frecuencia, esta expresión realmente quiere decir: “creo necesitar” o “deseo”, o “me gustaría”. Dios no responde siempre a nuestros deseos caprichosos o infundados (aún cuando los pidamos), pero siempre lo hace con nuestras verdaderas necesidades.

X. Lo que el Padre quiere que le pidamos

“Cuando oréis, decid: Padre nuestro...” (Mt 6, 9-13).

Jesús enseña que nuestro Padre celestial quiere ser interpelado, es decir, que le pidamos. Y por medio del mismo Jesús nos enseña qué pedir y cómo.

El resumen más perfecto está en el Padre Nuestro. Por eso tantos santos lo han comentado de modo admirable (Agustín, Cipriano, Tomás, Teresa, etc.).

El Padrenuestro nos enseña, ante todo, que Dios Padre quiere que vayamos a Él y que recurramos a Él en todas nuestras necesidades. Por eso en esta oración se dan cita todas las cosas que podemos necesitar: las materiales (resumidas en el pan), las espirituales (ordenar nuestra relación con Dios, recibir su perdón, aprender a perdonar, etc.). Están allí compendiadas nuestras necesidades temporales y las eternas (se pide la salvación, la eternidad, el reinado de Dios). Están presentes los pecados que precisamos que Dios nos perdone, y nuestro enemigo, el diablo —el Malo—, de quien es menester ser librados.

Sobre todo nos educa en el orden del amor (el Padrenuestro “ordena” en nosotros la caridad). Así nos enseña:

- 1º A recordar que somos hijos de Dios: “Padre nuestro, que estás en los cielos”.
- 2º Que somos *de* Dios y *para* Dios; creados para glorificar a Dios: “sanctificado sea tu nombre”.

- 3° Que las cosas de Dios nos deben importar más que las cosas de la tierra: “venga a nosotros tu reino”.
- 4° Que lo primordial es la Voluntad de Dios: “hágase tu voluntad”.
- 5° Que tenemos necesidades materiales y espirituales pero que éstas sólo vienen después de Dios: “Danos hoy nuestro pan”.
- 6° Que es necesario ser devueltos a la amistad con Dios y a la concordia con nuestros hermanos: “perdónanos como nosotros perdonamos”
- 7° En fin, que sólo con su ayuda podemos librarnos del peligro demoníaco: del Malo libranos.

El Padrenuestro pone de manifiesto que nuestro interés por Dios (su reino, su voluntad, su honor) deben estar por encima de nuestras mismas inquietudes materiales y espirituales. Nos hace presente que no somos para nosotros mismos sino que somos de Dios y para Dios.

Nuestra oración no está bien hecha cuando la caridad está desordenada.

“¿Por qué Dios no escucha mis oraciones, si le pido cosas buenas?” Sí, a veces pedimos cosas buenas (trabajo, salud para quienes amamos, la conversión de un pecador...) pero quizá no estemos interesados en las cosas de Dios. Hay otras realidades buenas que deben ser deseadas y pedidas *antes* que aquéllas que solemos pedir. No pide nada malo el muchacho que pide a una joven que llene el vacío de su vida casándose con él; pero esa sería una expresión muy imperfecta del verdadero amor; si la amara con un amor auténtico, le habría pedido, más bien, permiso para “hacerse cargo” de su vida y de sus necesidades; porque el amor verdadero primero piensa en dar y luego en exigir. Esa es la diferencia entre un amor ordenado y un amor sin orden.

¿Y yo? ¿Pido a Dios que su voluntad se haga en mí y en el mundo?
¿Reconozco a Dios como Padre y confieso que me importa más su Nombre y su honra que mi pan o mi perdón?

¿Le pido que no tarde en venir con su Reino aún cuando esto significa el fin de mis planes temporales?

¡Probablemente no! Entonces tiene razón Santiago: “pedís mal y por eso no recibís” (St 4, 3).

¡Señor, enséñanos a orar!

San Francisco de Asís hizo esta maravillosa paráfrasis de la Oración del Señor:

“Oh santísimo *Padre nuestro*: creador, redentor, consolador y salvador nuestro.

Que estés en el cielo: en los ángeles y en los santos; iluminándolos para el conocimiento, porque tú, Señor, eres luz; inflamándolos para el amor, porque tú, Señor, eres amor; habitando en ellos y colmándolos para la bienaventuranza, porque tú, Señor, eres sumo bien, eterno bien, del cual viene todo bien, sin el cual no hay ningún bien.

Santificado sea tu nombre: clarificada sea en nosotros tu conocimiento, para que conozcamos cuál es la anchura de tus beneficios, la largura de tus promesas, la sublimidad de la majestad y la profundidad de los juicios.

Venga a nosotros tu reino: para que tú reines en nosotros por la gracia y nos hagas llegar a tu reino, donde la visión de ti es manifiesta, la dilección de ti perfecta, la compañía de ti bienaventurada, la fruición de ti sempiterna.

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo: para que te amemos con todo el corazón, pensando siempre en ti; con toda el alma, deseándote siempre a ti; con toda la mente, dirigiendo todas nuestras intenciones a ti, buscando en todo tu honor; y con todas nuestras fuerzas, gastando todas nuestras fuerzas y los sentidos del alma y del cuerpo en servicio de tu amor y no en otra cosa; y para que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos, atrayéndolos a todos a tu amor según nuestras fuerzas, alegrándonos del bien de los otros como del nuestro y compadeciéndolos en sus males y no dando a nadie ocasión alguna de tropiezo.

Danos hoy nuestro pan de cada día: tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo: para memoria e inteligencia y reverencia del amor que tuvo por nosotros, y de lo que por nosotros dijo, hizo y padeció.

Perdona nuestras ofensas: por tu misericordia inefable, por la virtud de la pasión de tu amado Hijo y por los méritos e intercesión de la beatísima Virgen y de todos tus elegidos.

Como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden: y lo que no perdonamos plenamente, haz tú, Señor, que lo perdonemos plenamente, para que, por ti, amemos verdaderamente a los enemigos, y ante ti por ellos devotamente intercedamos, no devolviendo a nadie mal por mal, y nos apliquemos a ser provechosos para todos en ti.

No nos dejes caer en la tentación: oculta o manifiesta, súbita o importuna.

Y libranos del mal: pasado, presente y futuro”.

XI Un Padre providente

“No andéis preocupados” (Mt 6, 25-34; Lc 12, 22-31).

Esta frase está en la que es, sin duda, una de las páginas más bellas del Evangelio. “No andéis preocupados” (Mt 6, 25.31); “¿por qué preocuparos?” (Mt 6, 28); “no os preocupéis” (Mt 6, 34). En diez versículos Jesús usa cuatro veces el verbo “preocuparse”, mandándonos que alejemos ese mal sentimiento de nuestra vida.

El motivo que aduce para su mandato es simple: hay Otro que se preocupa; ese Otro es nuestro Padre.

Ese Padre que “ya sabe que tenemos necesidad” (Mt 6, 32) y “de qué” tenemos necesidad: de comer, de beber, de vestirnos (y detrás de estas expresiones debemos ver todas las demás necesidades del hombre).

Esas realidades las recibiremos, “nos serán dadas” (6, 33), o sea, vendrán de mano del Padre, aunque no de modo extraordinario —por medio de un ángel o caídas del cielo— sino por los canales que la Providencia tiene dispuestos y que, por lo general, son “los otros”, es decir, nuestro prójimo (del mismo modo que nosotros somos instrumentos de la Providencia para otras personas).

La prueba que aduce Jesús es algo que también captamos con nuestra experiencia: Dios Padre celestial, alimenta a las aves del cielo, que no se preocupan de sembrar, ni de cosechar, ni de recoger en graneros. Pero nadie se viste de belleza como los lirios del campo; eso lo hace Dios; ellos no hilan, ni se fatigan: Dios es quien se lo da.

Y ¿no valemos mucho más que las aves y las flores? “¿No valéis más que las avecillas del campo?” (6, 26); “¿no lo hará mucho más con vosotros?” (6, 30).

La confianza en la Providencia pone a prueba nuestra fe.

Al desconfiado Jesús lo llama “hombre de poca fe” (Mt 6, 30) y lo equipara a los paganos (cf. Mt 6, 32).

Jesús, como es evidente en todas las demás páginas del Evangelio, no invita a la pereza u holgazanería. Manda trabajar, y Él mismo dio ejemplo de ello; así lo entendieron sus discípulos hasta el punto que San Pablo decía a los falsos providencialistas: “¡el que no quiere trabajar que no coma!”.

La confianza en la Providencia del Padre no excluye el trabajo laborioso (tanto el material como el que tenemos que hacer sobre nuestro espíritu). Pero destierra el pensar que nuestras manos nos darán todo lo que necesitamos; excluye que nos creamos autosuficientes:

“Si el Señor no construye la casa,
en vano se cansan los albañiles;
si el Señor no guarda la ciudad,
en vano vigilan los centinelas (...)
Esto Dios lo da a sus amigos
mientras duermen” (Sal 126)

Necesitamos mucho más de lo que nuestras manos, es decir, nuestro esfuerzo, pueden darnos.

Pero Dios lo quiere dar sólo en la medida que lo necesitemos.

“El Señor sabe de qué tenemos necesidad”. Sin embargo, asume nuestras preocupaciones con una condición: que nosotros pongamos nuestros esfuerzos en buscar su Reino y su justicia (cf. Mt 6, 33), o sea, a Él mismo (eso es su Reino) y nuestra santificación. Sólo entonces “desatamos” las manos de su Providencia.

Y Dios no miente ni deja de cumplir lo que promete.

XII Un Padre que se manifiesta a los sencillos

“Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito” (Lc 10, 21-22; cf. Mc 11, 25-27).

Jesús exulta y bendice al Padre por sus designios, al mismo tiempo salvíficos y sapientísimos (cf. Lc 10, 21). Lo llama “el beneplácito” del Padre: el querer eterno y benevolente. Es un querer salvífico, pues el Padre se revela, abre sus arcanos, para salvarnos. La verdad salva: sana la inteligencia del error, muestra el bien a la voluntad y la atrae hacia su verdadera perfección.

Nadie puede salvarse, o sea, llegar al puerto del cielo, a Dios, sin saber dónde está y en qué consiste dicho puerto, o en qué barco puede llegar hasta allí. De ahí que la revelación del fin (Trinidad, visión beatífica) y de los medios (el Hijo encarnado, la Iglesia que continúa su obra, los sacramentos) sea un acto que manifiesta la voluntad de salvar: el buen querer de Dios. Dios nos quiere y nos atrae hacia sí.

Pero su revelación se ata a una ley de sabiduría absolutamente divina: brilla sobre los “pequeños” y se oculta a los “grandes”. Es decir, quienes se saben y reconocen pequeños, y los que se creen grandes.

No puede ser de otro modo: la revelación de la verdad sólo puede ser recibida por quienes viven la verdad y de la verdad.

Los pequeños no son los niños ni los pobres. Éstos sirven de metáfora de la pequeñez, pero pequeño puede ser tanto el niño como el adulto o el anciano, el pobre o el rico. La pequeñez que atrae la acción divina es un atributo del corazón que puede darse en cualquier hombre, de cualquier edad y de cualquier condición. Es el *humilde* en el sentido moral del término: el que reconoce que “Dios es Dios” y nosotros “necesitados de Dios”, o sea, indigentes que entienden que sin Dios nada valen ni pueden. Seres, pues, que saben que todo cuanto tienen de bueno lo han recibido, y que aquello de que carecen, pueden esperarlo de Dios porque es bueno y dadivoso. Son como niños que se saben amados por sus padres. Ésta es la verdad de nuestra naturaleza y existencia; por eso a quienes reconocen esta verdad, Dios les abre el cofre de *toda* la verdad.

Tampoco los “grandes” se identifican con los ricos, ni con los poderosos, ni con los adultos. Quizá haya más “grandes” entre éstos que entre los

materialmente necesitados, pero también entre estos últimos se cuentan personas a las que Jesús reprueba aquí. Los grandes y los poderosos son los autosuficientes, los rebeldes, los orgullosos, los de juicio duro, los que desprecian a Dios o al prójimo; también se incluyen entre éstos, a los necesitados que tienen tan alta estima de sí mismos que no perdonan al que los relega o humilla; los ignorantes que creen no necesitar de nadie que les enseñe (entre los cuales se cuentan muchos atosigados de erudición pero ayunos de algunas verdades elementales como, por ejemplo, la verdad sobre sí mismos, sobre su origen y su destino final); en fin, los que se hacen “maestros de sí mismos”, a quienes san Bernardo llama, con razón, “discípulos de un necio”. Todos estos viven una mentira: piensan de sí y de Dios equivocadamente y están, en grado diverso, apegados a su error.

Entre éstos encontramos, indudablemente, poderosos del mundo, sabios mundanos, profesionales de la religión y de las ciencias del mundo. Pero el orgullo también puede anidarse en changarines y obreros, pordioseros y lustrabotas. A muchos pobres, su pobreza no les enseña la verdad de los límites humanos, sino que, por el contrario, les da pie para resentirse con la vida y con Dios, y en ese sentido no son “pequeños” sino que piensan, sienten y actúan como esos “malos grandes”.

Quienes viven encapotados y encerrados tras la cáscara de orgullo y del error nunca ven brillar el sol de la verdad.

Más aún, pueden dejar tramontar ese sol sin que brille para ellos. El orgullo es un gravísimo peligro para la fe, y conduce fácilmente a las dudas de fe, a la herejía y a la apostasía, como nos enseña la historia (y quizá la experiencia de algunos de nosotros). Todo orgulloso naufraga en algo.

Pero el Padre no les negaría la verdad si quisieran romper su amargo cascarón.

XIII. Un Padre con Rostro

“Sus ángeles ven continuamente su Rostro” (Mt 18, 10)

La frase completa de Jesús es: “guardaos de menospreciar a uno de estos pequeños; porque yo os digo que sus ángeles, en los cielos, ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos”.

Esta vez los pequeños a los que Jesús se refiere son realmente los niños, porque esta frase culmina una serie de enseñanzas donde los niños

ocupan el centro del pensamiento: “llamó un niño, lo puso en medio de ellos y dijo...” (Mt 18, 2). Pero se trata de una invitación a que todos nos hagamos “como ellos”: “Si no cambiáis y os hacéis como los niños... Así pues, quien se haga pequeño como este niño” (Mt 18, 3-4).

Veamos aquí: ¿es que la dignidad de una persona proviene de tener como custodio un ser que ve a Dios Padre cara a cara? Es indudable que parte de su dignidad se deriva de este hecho, pero no es ésta, según entiendo, lo que Jesús quiere enseñarnos aquí. No me parece que Él se limite a decir que la dignidad del protegido se mide por la grandeza del custodio y éste, a su vez, por su familiaridad con el Padre celestial. Así son los alardes infantiles: “mi tío es comandante de la guardia suiza”. Sí, pero si yo soy un canalla de nada me sirve que mi tío defienda al Papa.

Por eso, Jesús quiere decir que los ángeles hacen de *punte* entre el Rostro bendito y el corazón de sus protegidos y que, por tanto, la Luz del Rostro divino baña el corazón de cada uno de sus hijos. Tal es la misión de los ángeles: subir, llevar y presentar en el cielo oraciones de la tierra, y bajar y traer dones del cielo a la tierra, como observó Jacob en su visión de la escalera angélica (cf. Gn 28, 12-13).

Jesús conocía muy bien el deseo que sus apóstoles tenían de ver el Rostro del Padre: “Señor, muéstranos al Padre y nos basta” (Jn 14, 8), le pide Felipe. Y no podría ser de otro modo, siendo auténticos y fieles discípulos de Moisés de quien se escribió:

“Entonces dijo Moisés: «Déjame ver, por favor, tu gloria». Yahveh le contestó: «Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad y pronunciaré delante de ti el nombre de Yahveh; pues hago gracia a quien hago gracia y tengo misericordia con quien tengo misericordia». Y añadió: «Pero mi rostro no podrás verlo; porque un hombre no puede verme y seguir viviendo». Luego dijo Yahveh: «Mira, hay un lugar junto a mí; tú te colocarás sobre la peña. Y al pasar mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Luego apartaré mi mano, para que veas mis espaldas; pero mi rostro no se puede ver»” (Ex 33, 18-23).

Moisés quería ver el rostro de Dios, que ningún mortal puede contemplar sin primero morir; a cambio, y como gracia estupenda, Dios le muestra sus “espaldas”.

La santidad de Dios es inmensa. Moisés (Ex 3, 6), Elías (1Re 19, 13) y los mismos serafines (Is 6, 2) se cubrían la cara ante ella. Pero esto no quita que ése sea nuestro deseo más profundo:

“Dice de Ti mi corazón:
«Busca mi rostro».
Sí, Yahvé, tu rostro busco:
no me escondas tu rostro” (Sal 27, 8-9).

Tal vez, como dicen algunos, la frase del salmista sólo exprese el deseo de estar junto a Dios. Pero los Salmos son experiencias de todo corazón humano, y el nuestro *quiere ver el Rostro de Dios* en el sentido más literal.

Los ángeles, pues, nos traen reflejos de ese Rostro de Belleza inabarcable, de Bondad imponderable. Si no se puede “ver y seguir viviendo” es porque en vida, el corazón es demasiado estrecho. Es demasiada agua para tan poco estómago.

Nos consuela saber que el Rostro de Padre es nuestro puerto. Que aquello que pide nuestro corazón tiene no sólo un final feliz, sino *real*.

Jesús nos ha dado un adelanto: “Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre”.

Quien ve a Jesús ya no puede dejar de amarlo.

Quien ve al Padre —a través del espejo que es Jesucristo— queda fijado en el amor; y por ese amor algún día quedará también fijado eternamente en una visión tan intensa, tan profunda, tan impresionante, que nos transformará, moldeará, cambiará: “seremos semejantes a él, pues lo *veremos* tal cual es” (1Jn 3, 2).

XIV. Un Padre que perdona, pero exigiendo perdón

“Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si cada uno no perdona de corazón a su hermano” (Mt 18, 35).

Ésta es la frase final de la parábola del “siervo sin entrañas” (Mt 18, 23-35), aquél que habiendo sido absuelto por su rey de una deuda gigan-

tesca e impagable, mete luego en la cárcel a uno de sus compañeros por la deuda de unas pocas monedas. Cuando el rey se entera, vuelve atrás su propio perdón y lo encierra como castigo a su falta de misericordia: “hasta que pague todo lo que debe”.

La parábola tiene, pues, dos posibles focos: el siervo sin entrañas, y el rey con entrañas compasivas y un gran sentido de la justicia.

Y ese rey es imagen del Padre Dios: “lo mismo hará con vosotros *mi Padre celestial*”.

“Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo”, enseña Jesús (Lc 6, 36). San Pablo lo llama con una expresión maravillosa: “Padre de las misericordias”. Exclama el Apóstol: “Bendito sea Dios, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en nuestras tribulaciones... Nuestra consolación abunda por medio de Cristo” (2Co 1, 3-4). Porque Él, como el padre de la parábola del hijo pródigo, “se movió a misericordia” (Lc 15, 33).

Dios Padre tiene una compasión infinita con los hombres, al punto de ser capaz de perdonarles, como dice a parábola, *diez mil talentos*. El “talento” comprendía sesenta “minas”, o sea seis mil dracmas áticas o denarios; y como un denario era la paga diaria de un jornalero (Mt 20, 1), un talento equivalía a seis mil jornales de un obrero, y diez mil talentos serían sesenta millones de jornales: el sueldo íntegro de 165.000 años. Dicho de otro modo, Jesús describe una deuda *absolutamente impagable*, como son nuestras deudas con Dios —que no se refiere a otra cosa la metáfora—: tan grandes que, para saldarlas no alcanzan ni nuestras pertenencias ni nuestras mismas vidas.

La injusticia del siervo de la parábola es flagrante. Mientras la compasión del rey le indultó una deuda de sesenta millones de jornales, evitándole la esclavitud, él mandó a la cárcel a su compañero por deberle cien jornales (¡el 0,00016 % de lo que se le disculpó a él!), lo que simboliza la diferencia abismal entre las deudas humano-divinas (entre los hombres y Dios) y la deudas humano-humanas (entre simples mortales).

Conocemos el desenlace de la parábola, que pinta bien la combinación entre la misericordia y la justicia divinas, que podemos expresar con este principio: “Dios es infinitamente misericordioso con nosotros pero exige, con rigurosa justicia, que nosotros seamos muy compasivos con los demás”.

Y por el desenlace de la parábola, se ve que la misericordia de Dios puede tornarse la más seria acusación para el de corazón duro. Es decir, Dios establece una “ley de misericordia”:

- 1° Él es infinitamente misericordioso, y nos perdona sin medida.
- 2° Y espera de nuestra parte la imitación de su gesto (hacia nuestros deudores).
- 3° Pero si nosotros mostramos a nuestro prójimo dureza en vez de compasión...
- 4° ...también Dios nos paga imitando nuestra actitud: “con la medida con que midáis, seréis medidos”, dijo anticipándonos esta conclusión.

Esto quiere decir que, en el fondo, está en nuestra libertad corroborar su misericordia sobre nosotros o rechazarla.

Pues el rey, que es Padre, muestra —y así comienza no sólo la parábola sino la historia personal de cada hombre— una disposición a la compasión infinita... si queremos aceptarla.

XV. Un Padre que escucha las oraciones que vienen en nombre de su Hijo

“Os aseguro que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18, 19-20).

Jesús “asegura” que el Padre escucha las oraciones que acopian ciertas características: cuando son hechas en común (“si dos o tres”) y siempre que se pida en unión de corazones (“se ponen de acuerdo”).

El motivo de fondo es que, en esa situación (“reunidos en su nombre”), es Jesús quien está en medio de ellos.

La lectura —y mucho más la exposición— de estos pasajes nos pone en un aprieto, porque podemos adivinar la objeción que nos harán: “nosotros hemos hecho así y no obtuvimos lo que pedimos”. Es una objeción dura, frecuente y, por lo general, pronunciada con sufrimiento y amargura.

Pero Jesús no miente ni se equivoca; por lo tanto, esto debe ser estrictamente cierto. Por otra parte, podemos imaginar que la objeción la habrán hecho al mismo Jesús algunos de sus oyentes, pues lo rodeaban personas muy necesitadas: enfermos, pobres de solemnidad, leprosos, desocupados, mendigos, hombres y mujeres con muchos hijos, padres esposos, hermanos, hambrientos, etc. Al escuchar estas palabras, llenos de esperanza, deben haber puesto en práctica la “fórmula”. Y si no les funcionó es probable que se quejaron a Jesús; por tanto, si el Señor hubiese exagerado, ante las primeras críticas tendría que haber rectificado o matizado sus palabras, y es muy probable que el Evangelio reportaría esto en términos más matizados. Sin embargo, no encontramos ninguna atenuación de sus dichos por el sencillo hecho de que Jesús nunca mitigó la fuerza de la promesa *que hacía en nombre de su Padre*.

Más aún, dijo: “si os reunís para pedir algo, *sea lo que fuere*” (*de omni re quacumque petierint*). Y añadió apodícticamente: “lo conseguirán”.

Y el motivo, lo volvemos a decir, es porque Jesús se hace presente en medio de quienes oran en su nombre y, por tanto, es Él quien pide y su oración es infalible. El Padre no deja de escuchar al Hijo.

Pero también es verdad que la experiencia personal de muchos es que a menudo no reciben lo que piden; ¿dónde está, entonces, el problema?

Las fallas deben venir de alguna otra parte.

Quizá nos falta el “mutuo acuerdo” del que habla el Señor, pues Él no quiere decir simplemente que debemos pedir “juntos” sino “poniendo los corazones al unísono” (eso quiere decir *acordar*) de modo tal que reine la caridad. Si no reina la caridad ¿puede, acaso, ser Jesucristo quien está en medio?

O tal vez entendamos mal ese pedir “lo que fuere”. Ésta es una frase hiperbólica que el mismo Señor se encargó de precisar al enseñar, en el Padrenuestro, las cosas que debemos pedir. Si nos juntamos para pedirle al Padre que nos saquemos la lotería, Él no se compromete a concedérnoslo; más aún, tiene sobrados motivos para no escuchar muchos de nuestros pedidos. Del Padrenuestro ya hemos hablado; allí se dicen las cosas que tenemos que pedir y el modo para que nuestra oración sea ordenada.

También podría ser que el problema se relacione con la interpretación de esa expresión: “os lo concederé”. Jesús promete el cumplimiento, pero no dice ni *cuándo* ni *cómo*. Para algunos, acostumbrados a obtener todo de modo inmediato, esto puede sonarles a aguar la promesa del Señor,

pero, sin embargo, no es un tema accidental. Dios es Dios. Por tanto, su Realidad no puede trocarse por una idea "mágica" de la divinidad reducida, en el fondo, a una especie de genio como el de la lámpara de Aladino que con sólo frotarla concede todo deseo.

Jesús, por el contrario, enseña que: 1º el Padre siempre escucha cuando ve la caridad de su Hijo en los corazones de los que se unen para orar; 2º que la oración es siempre eficaz, aunque también sea misteriosa y, por tanto, produzca sus frutos misteriosamente; 3º nos invita a la confianza, a saber escuchar, y a reconocer la respuesta de Dios que, a menudo, es de un nivel superior al que esperamos.

Santa Teresa de Lisieux dejó escrito: "¡Oh Dios mío, Tú has sobrepasado mis expectativas!"

XVI Un Padre que pone todo en manos de su Hijo

"El Padre ama a su hijo y ha puesto todo en su mano" (Jn 3, 35; cf 5, 19-20).

Este versículo es uno de los fundamentales para comprender la dignidad regia de Cristo: por la voluntad del Padre, todo está "en la mano" del hijo, o sea, bajo su poder: "El Padre me ha dado [las almas]" (Jn 10, 29); "Sabiedo que el Padre había puesto todo en sus manos" (Jn 13, 3); "El poder que le has dado [al Hijo] sobre toda carne" (Jn 17, 2).

En otra oportunidad dijo el Señor: "Todo me ha sido entregado por mi Padre" (Lc 10, 22).

Y también: "Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano. El Padre... me las ha dado" (Jn 10, 28-29).

Y de muchas otras maneras da a entender la misma verdad: "¿O piensas que no puedo yo rogar a mi Padre, quien pondría inmediatamente a mi disposición más de doce legiones de ángeles?" (Mt 26, 53); "yo, por mi parte, dispongo un Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí" (Lc 22, 29).

Estamos en las manos del Hijo, como cosa suya, como parte de lo que le ha sido dado. Pero Dios da al Hijo aquello que quiere que el hijo rescate; lo que el Padre no quiere que se pierda:

“Yo les doy la vida eterna
y no perecerán jamás,
y nadie las arrebatará de mi mano.
El Padre, que me las ha dado, es más grande que todos
y nadie puede arrebatar nada de la mano del Padre.
Yo y el Padre somos uno” (Jn 10, 28-30).

El haber sido puestos en la manos de su Hijo manifiesta la voluntad de salvación del Padre. Nos ha llevado a “un picacho rocoso, con abasto de pan y de agua”, como dice Isaías (33, 16). Las manos del Hijo —que son las del Padre, las manos que ejecutan los designios del Padre— significan la *seguridad*. Precisamente para que nuestro enemigo —el Diablo— sepa que nada puede sobre nosotros, el Padre —a quien nadie puede arrebatar nada— nos pone en el cobijo inexpugnable: “Todos los santos están en mi mano”, dice Él en el Antiguo Testamento (Dt 33, 3).

El Padre es un Padre que nos ama con amor eterno e irrevocable. Misterioso, por eso mismo, para nosotros, que no sabemos amar con amores eternos, con una fidelidad a prueba de toda infidelidad.

Nos cuesta compaginar esta “infinita certeza” de salvación —nadie ni nada puede apartarnos de la mano del Hijo y de la mano del Padre— con el *temor* con que debemos buscar nuestra salvación (cf. Fil 2, 12). Ambas verdades pertenecen a la fe; y no se contradicen sino que se unen en una síntesis demasiado elevada para nuestras miradas rastreras.

Pero hay una verdad segura, firme, innegable: el Padre nos ama como cosa suya y nos ha puesto en sus manos y las de su Hijo. Como dice por el profeta: “te llevo escrito en la palma de mi mano” (Is 49, 16). Allí donde no se borra nuestro nombre.

¡Qué bien suena a la luz de esta verdad la frase consoladora de los hombres confiados: “estamos en las manos de Dios”!

Estar en las manos de Dios es estar en las mejores manos.

“Si Tú me tienes de tu mano, no temeré ningún mal” (Sal 23, 4).

XVII Un Padre que atrae

“Nadie puede venir a Mí si el Padre... no lo atrae” (Jn 6, 44).

Ir a Jesús es una gracia.

Se va a Él cuando se cree con fe viva, es decir, cuando se lo acepta y ama. Por tanto, cuando el alma se convierte sinceramente.

Creer significa, entre otras cosas, “ir”. La expresión latina “*crédere in Deum*”, que completa las tres dimensiones de la fe según san Agustín (además de “*crédere Deo*” —creerle a Dios— y “*crédere Deum*” —creer el misterio de Dios y todo lo que Él ha revelado—) significa precisamente “*creer tendiendo hacia Dios*”).

Hay, de la misma manera, un “*crédere in Iesum*”: aceptarlo con la inteligencia y al mismo tiempo movernos hacia Él con el corazón. En la Sagrada Escritura la aceptación de Dios y de Jesús, la “fe”, es un fenómeno *sobrenatural* y *total*, es decir, no sólo intelectual sino simultáneamente volitivo y afectivo. De lo contrario, ¿qué nos diferenciaría del demonio que decía a Cristo: “Yo sé quién eres tú: el Santo de Dios” (Mc 1, 24)? ¿De qué nos sirve aceptar en nuestra inteligencia que Jesús es Dios, si mantenemos nuestro corazón lejos de Él?

Pero la inteligencia acepta la Verdad de Cristo porque la mueve la voluntad (ya que se trata de un acto de adhesión intelectual a una verdad que no es evidente para nosotros, aunque en sí misma sea resplandeciente), y a su vez, la voluntad puede hacer esto porque la gracia la eleva y la aplica a ese querer singular.

Esta gracia que mueve la voluntad a producir ese “querer creer” se llama “*gratia Patris*”: la gracia del Padre. Es una gracia moviente y aplicada. No viene de nosotros sino de Dios, como le dice Jesús a Pedro: “Esto [*el misterio divino de Cristo*] no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre [*es decir, no es un conocimiento humano*] sino mi Padre que está en los cielos” (Mt 16, 17).

También nosotros hemos aceptado a Cristo (su vida y su enseñanza). Hemos sido, pues, movidos por el Padre: “Por esto os he dicho que nadie puede venir a mí si no se lo concede el Padre” (Jn 6, 65).

Es el Padre quien nos ha conducido a la fuente de las aguas vivas.

Es el Padre el que nos ha revelado a su Hijo, nos ha llenado del asombro de Cristo, nos ha atraído hacia Cristo, nos ha convencido de Cristo, nos ha enamorado de Cristo, nos ha hecho recibir y aceptar a Cristo y nos ha convertido en otros cristos.

El Padre nos ha engendrado en Cristo. Así lo testimonia San Pablo: “Nos ha elegido en Él antes de la fundación del mundo, eligiéndonos para ser sus hijos adoptivos por medio de Cristo” (Ef 1, 4-5).

En su evangelio San Juan pone esto mismo en boca de Jesús, aunque con otras palabras: “Todo aquél que el Padre me dé vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré fuera” (Jn 6, 37).

El Padre tiene innumerables modos de *atraer*, de llevar hacia Cristo, o de *dar* almas a su Hijo.

Lo hace, por ejemplo, a modo de seducción espiritual, suscitando amor hacia Jesús, como ocurre con la pecadora que se siente atraída por la santidad del Señor perdonador y se arroja a sus pies llorando sus pecados (cf. Lc 7, 37-50).

También lo hace a través de la curiosidad: “¿Quién eres tú?”, le preguntan algunos (cf. Jn 8, 25); “Maestro, ¿dónde moras?” (Jn 1, 38). También movidos por la curiosidad los aldeanos que habían escuchado el testimonio de la samaritana “salieron de la ciudad a su encuentro” (Jn 4, 30). Hasta Herodes recibió quizá estos toques del Padre, pues según San Lucas, preguntaba: “¿Quién es éste de quien oigo tales cosas? Y buscaba verle” (Lc 9, 9); pero cuando tuvo a Cristo delante, lo despreció.

También la produce por medio de encuentros no buscados ni pretendidos por nosotros, pero concertados por Él mismo, como ocurre a Simón de Cirene: “echaron mano a cierto hombre que venía del campo y le cargaron la Cruz” (Lc 23, 26); y allí quedó, codo con codo con ese Jesús que lo asociaría a su Nombre para siempre como el Cireneo de Cristo.

O lo hace permitiendo males que nos sitúen en la “necesidad” de recurrir a Jesús: “se le acerca un leproso suplicándole, puesto de rodillas” (Mc 1, 40). Este enfermo, ¿habría conocido a Cristo si no fuera por su lepra?

A veces sucede sin que hagamos nada de nuestra parte; simplemente Él pasa a nuestro lado e irrumpe en nuestra vida. Así ocurrió con muchos: “entró en la sinagoga nuevamente y había allí un hombre que tenía la mano paralizada” (Mc 3, 1).

Puede suceder, incluso, que sean nuestros enemigos quienes nos lleven a Jesús: “los escribas y fariseos le llevaron una mujer sorprendida en adulterio” (Jn 8, 3). Los viejos pecadores se retiraron con las manos vacías y rechinando sus dientes, pero la adúltera se volvió con el alma en paz y la vida cambiada quizá para siempre.

Con algunos el Padre se sirve de la misma sabiduría humana, como le ocurrió a Nicodemo: “Rabbí, *sabemos* que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede hacer las señales que tú realizas...” (Jn 3, 2).

Otros, en cambio, son llevados por los que los aman, como Natanael a quien Felipe le dice: “hemos encontrado a Aquél de quien escribieron Moisés... y los profetas... Ven a verlo” (Jn 1, 45-46).

Pero detrás de todos estos modos es el Padre quien teje nuestro encuentro con Jesús. A veces llega por el dolor y la necesidad de ser consolados, otras por el amor, o por la soledad, por la búsqueda de un Amigo, por la desesperación, y no faltan veces en que Él, simplemente, se mete en nuestras vidas de modos imprevisibles.

A veces la atracción es irresistible, otras no (como se ve con el joven rico). Puede durar, de parte nuestra, hasta antes de la cruz (y abandonarlo en las circunstancias supremas del dolor), o más allá, compartiendo su cruz y su misión.

Pero es siempre el Padre quien nos lleva, nos mueve, y une nuestro destino al de Jesús.

XVIII Un Padre de amor preveniente

“El que me ama es el que cumple mis mandamientos” (Jn 14, 21). “Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor” (Jn 15, 10).

Late aquí un misterio gigantesco que podemos expresar con dos fórmulas: 1º Nosotros sólo amamos verdaderamente a Dios cuando cumplimos sus mandamientos; el que no los cumple no permanece en su amor. 2º Pero el amor de Dios hacia nosotros no queda condicionado por nuestro cumplimiento de sus mandamientos; de hecho Él nos amó cuando todavía no vivíamos según los mandamientos pues dice San Pablo: “estando

muertos, nos vivificó” (Ef 2,5), y continúa explicando que esto lo ha hecho “por el grande amor con que nos amó” (Ef 2, 4). En otros lugares se repite la misma idea: “éramos por naturaleza hijos de ira” (Ef 2, 3); “a vosotros, que en otro tiempo fuisteis extraños y enemigos, por vuestros pensamientos y malas obras, os ha reconciliado” (Col 1, 21-22).

Sin cumplimiento de los mandamientos no hay salvación. Pero al mismo tiempo, el amor de Dios no queda limitado cuando dejamos de cumplir los mandamientos: Él lo sigue ofreciendo, nos llama, nos persigue:

*Y noche a noche afuera
oigo los Pasos que me dan alcance
con medida carrera,
deliberado avance,
majestad inminente...
...Se apresura;
¡quiere mi corazón, quiere mi vida,
quiere mi podredumbre,
quiere mi oscuridad para su lumbre!*

El padre de la parábola del hijo pródigo (Lc 15) sigue amando al hijo, aún cuando éste no cumple su voluntad y ha traicionado su amor. Lo espera, lo desea, y en cierto modo, lo atrae con su amor.

Porque un padre verdadero no busca salvar a su hijo mientras éste sea un *buen* hijo. Lo intentará siempre, porque aquel será siempre su *hijo*. ¿Lleva su sangre, ha sido engendrado por él, tiene su imagen? Eso basta. ¿Es un mal hijo? ¡Aún así él es un buen padre!

Debemos cumplir los mandamientos; sin cumplimos no podemos salvarnos... Pero Dios nos quiere no sólo *porque* y *cuando* cumplimos sus mandamientos, sino *porque somos hijos*; si así fuera, Dios debería abandonar a los pecadores. Afortunadamente aún cuando somos malos hijos, seguimos siendo hijos y podemos esperar confiados su perdón... aunque no debemos jugar con el tiempo: en ese tren hay un pasaje para mí, que ha pagado ya mi Padre, pero yo puedo quedarme sin subir al tren por esperar demasiado.

Quizá por este motivo, a aquella religiosa que desconfiaba de su salvación porque había sido infiel a los mandamientos divinos, le hizo bien que el confesor le recordara esta gran verdad: “Hermana, si Dios quiere salvar-

la es porque usted es su hija, a pesar de que usted no sea una *buena* hija". Es de de esta *voluntad salvífica paternal* que nace la inclinación del Padre a ayudarnos a que volvamos a él y cumplamos los mandamientos. No confundamos pues entre *nuestro amor a Dios* (que se manifiesta en el cumplimiento de los mandamientos) y el *amor de Dios a nosotros* que es anterior y superior al cumplimiento de los mandamientos de parte nuestra.

Es cierto que nosotros buscamos a Dios; pero más cierto es que Dios nos busca a nosotros: "Él nos amó primero" (1Jn 4, 19).

Su amor es preventivo, anterior y superior al nuestro. Podemos bloquear su efecto sobre nosotros (como podemos bloquear la lluvia escondiéndonos bajo un paraguas) pero no destruimos su amor (como el paraguas no hace que deje de llover). Y Dios siempre puede suscitar un ventarrón que nos arranque el paraguas.

XIX. Un Padre que nos dignifica al hacernos hijos

"Llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios" (Jn 5, 18).

San Juan explica que éste —llamar a Dios "su" Padre— era el motivo principal por el que los enemigos de Jesús buscaban matarlo; más aún que por sus transgresiones del descanso sabático (cf. Jn 5, 17).

Al llamar "Padre" a Dios, Jesús se igualaba a Dios. Tenía razones ontológicas para hacerlo. La filiación supone recibir la naturaleza y la dignidad de otro ser —el genitor—: todo hijo procede de su padre participando de su naturaleza. Jesús es el Hijo del Padre *por naturaleza*.

Pero Jesús también nos enseña a nosotros a llamarnos "hijos de Dios" y a llamar a Dios "nuestro Padre". Y siendo su palabra "eficaz" (es decir, que "produce" lo que dice), es evidente que el Señor nos lo concede realmente, es decir, nos da el "ser efectivamente hijos de Dios". San Juan lo subraya con fuerza: "no sólo nos llamamos sino que *lo somos*" (1Jn 3, 1).

Todos los hombres *sienten* la necesidad de tener un Padre divino; incluso los que se fabrican ídolos, como dice Jeremías: "Dicen a un trozo de madera: 'Mi padre eres tú', y a una piedra: 'Tú me diste a luz'" (Jr 2, 27). Para los antiguos griegos el dios Zeus manifestaba su paternidad tanto con la benevolencia como con la ira y la maldad. En la Odisea se lee: "Padre

Zeus, nadie es más funesto que tú entre los dioses. No tienes piedad de los hombres, después de haberlos engendrado los lanzas a la desventura y a grandes dolores”.

Jesús supera toda expectativa puramente humana y mitológica y nos dice que Dios, el Dios verdadero, infinito y omnipotente, es nuestro Padre y que esa paternidad no es una consoladora metáfora sino *la realidad*.

Ésta es la fuente principal de nuestra dignidad: participamos de la naturaleza divina que recibimos por la gracia: la gracia santificante nos hace hijos de Dios; de algún modo nos hace “iguales” a Dios: dioses por participación: “habéis sido hechos participes de la naturaleza divina”, dice San Pedro (2Pe 1, 4).

¿Qué o quién puede quitar al hombre su grandeza, si ésta se funda en la relación filial con Dios Padre?

Los hombres pueden considerarnos o convertirnos en resaca, basura, deshecho. Pueden despreciarnos, relegarnos, pisotearnos, privarnos de la libertad; incluso de la vida... pero nadie puede arrancarnos la filiación divina, ni privarnos de nuestro Padre celestial, a menos que nosotros mismos nos alejemos de Él por el pecado.

¿Qué soy? ¿Qué eres? Más que cualquier otra cosa, más que hombre o mujer, más que sacerdote o laico o consagrado, más que el puesto que ocupo en la sociedad, me defino —y te defines— como hijo de Dios.

Primero, soy hijo de Dios, luego soy lo demás. Nuestra filiación sostiene todas las demás prerrogativas. Nunca podemos desesperar de nosotros mismos si recordamos nuestra dignidad de hijos de Dios.

El hijo pródigo lo recordó. Aunque había perdido su puesto social, su dinero, su castidad, su dignidad como hombre, embrutecido entre los animales, no olvidó jamás que era *hijo*: “volveré a la casa de *mi Padre*”... “le diré: *Padre mío*”. Su conciencia de hijo (aunque vicioso) se yergue por encima de su miseria de pecador. Y aunque luego diga “no *merezco* llamarme hijo tuyo”, no dice que “no lo sea”.

No lo merecemos, pero —misterio divino— lo somos.

XX. Un Padre que bendice

“Venid, *benditos* de mi Padre” (Mt 25, 34).

Muchos exorcistas experimentados consideran muy serios los casos de presunta posesión diabólica en cuyo origen gravita la maldición de un padre o de una madre. Aunque parezca horrible, existen progenitores que maldicen al hijo o a la hija que los ha decepcionado, defraudado, traicionado o abandonado. Y este acto puede tener trágicas consecuencias para la persona maldecida. No ocurre lo mismo cuando la maldición la pronuncian personas que no están unidas por vínculos de sangre.

¿Por qué es así? Quizá porque el padre y la madre (y demás ascendientes) no sólo son canales de la vida, sino también de la bendición divina. Aquella bendición que Dios pronunció en el Paraíso y que quedó vinculada a la descendencia carnal: “los bendijo Dios y les dijo: sed fecundos” (Gn 1, 28). La fecundidad es el vehículo que debe transportar a cada nuevo engendrado la bendición del Padre fecundo, creador de todas las cosas.

El hombre debe bendecir a los demás porque es imagen de Dios (cf. Gn 1, 27), que es “Bendito”, y “Benedicidor”.

Precisamente, Jesús llama a los elegidos con este calificativo, que casi tiene fuerza de nombre propio: “los benditos de mi Padre”.

Toda bendición viene de Dios. San Pablo dice que Él nos colma de bendiciones: “nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales” (Ef 1, 3). La bendición divina nos envuelve y transforma. El “favor divino”, la “bendición de Dios”, a diferencia de la humana, tiene una eficacia transformadora: cuando Dios bendice, recrea el corazón del hombre. La “kejaritomene” (llena de gracia y bendición), como llama el ángel a María, es un claro testimonio de esta verdad: el *favor* de Dios no es extrínseco a la creatura sobre la que se posa, sino que la penetra como la luz al cristal haciéndola luminosa y santa.

En este sentido no pueden pensarse palabras más terribles que las que Jesús pone en boca del Juez Supremo y que atañen a quienes perseveren en sus pecados hasta la muerte; les dirá: “Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno preparado para el demonio y sus ángeles” (Mt 25, 41). ¡La maldición de Dios nos entrega al demonio a quien el pecador mismo se ha vendido por su pecado!

Debemos pedir a nuestro Padre esa gracia de ser sus benditos; gracia que Él *quiere* darnos si nosotros no nos resistimos.

A nadie maldigáis. Bendecid incluso a vuestros enemigos, para ser hijos de ese Padre que bendice (cf. Lc 6, 27-28).

XXI Un Padre generoso

“Tanto amó Dios al mundo que le envió a su Hijo único para salvarlo” (Jn 3,16).

El capítulo 6 de la profecía de Miqueas se abre con unas palabras que erizan la piel. Habla de un “pleito” de Dios con su pueblo; y suenan así:

“¡Escuchad, montes, el pleito de Yahveh, prestad oído, cimientos de la tierra, pues Yahveh tiene pleito con su pueblo, se querella contra Israel: Pueblo mío, ¿qué te he hecho? ¿En qué te he molestado? Respóndeme. ¿Te quejas quizá por haberte liberado del país de Egipto, y haberte rescatado de la casa de esclavitud, y por enviar delante tuyo a Moisés, Aarón y María?”

La tradición cristiana ha sido particularmente sensible a estas quejas divinas y con ellas y otros textos bíblicos ha compuesto uno de los fragmentos más emocionantes de la liturgia cristiana, llamado “Los improperios de Dios”, que comienzan con estas palabras:

“—¡Pueblo mío! ¿Qué te hice? ¿En qué te he ofendido? ¡Respóndeme!

¡Yo te saqué de la tierra de Egipto; y tú, a cambio, preparaste una cruz a tu Salvador!

—¡Pueblo mío! ¿Qué te hice? ¿En qué te he ofendido? ¡Respóndeme!

Yo te llevé cuarenta años por el desierto, te alimenté con maná, y te introduje en tierra muy buena; y tú, a cambio, preparaste una cruz a tu Salvador.

—¡Pueblo mío! ¿Qué te hice? ¿En qué te he ofendido? ¡Respóndeme!

¿Qué más debí hacer por ti, que no hiciese? Yo te planté como mi viña preciosísima: ¡y tú, a cambio, me has salido tan amarga! Pues en mi sed me diste a beber vinagre, y ¡con la lanza abriste el costado de tu Salvador!

—¡Pueblo mío! ¿Qué te hice? ¿En qué te he ofendido? ¡Respóndeme!”

“¿Qué más debí hacer por ti, que no haya hecho?” ¡Duras palabras y pesado reproche para nuestra vocación de constantes quejosos!

A través de su trabajosa historia, Israel experimentó en carne propia que Dios sólo tuvo una razón para revelársele y escogerlo entre todos los pueblos como nación suya: la generosidad de su amor sin límites (cf. Dt 4,37; 7,8; 10,15). Sus profetas no se cansaron de repetir que sólo por amor Dios continuó salvándolo y perdonándole sus infidelidades y pecados (cf. Is 43,1-7; Os 2). Es un amor más grande que el de un padre hacia su hijo (Os 11, 1), más fuerte que el de una madre (Is 49, 14-15), más fiel que el de un esposo por su amada consorte (Is 62, 4-5). Es capaz de superar con el perdón las peores infidelidades (Ez 16; Os 11); pero sólo podemos hacernos una idea de su extraordinaria grandeza cuando pensamos que no nos ha negado nada, *¡ni siquiera su Hijo único!* (cf. Jn 3, 16).

“Los montes se correrán —dice Isaías— y las colinas se moverán, pero mi amor no se apartará de tu lado” (Is 54, 10). Y Jeremías: “Con amor eterno te he amado: por eso he reservado gracia para ti” (Jr 31, 3).

Sólo con este trasfondo podemos empezar a entender el gigantesco sentido de las palabras de Jesús en la Última Cena refiriéndose a cada fiel: “Mi Padre lo amará” (Jn 14, 23).

XXII. Un Padre en quien abandonarnos

“Buscad primero el Reino [del Padre] y su justicia y lo demás se os dará por añadidura” (Mt 6, 33).

Con estas palabras Jesús nos habla de la única preocupación que debe ocupar nuestras vidas: buscar las cosas de Dios; por el resto debemos *abandonarnos a Él*. Dicho de otro modo: en lo demás *piensa nuestro Padre*.

San Pedro nos amonesta con el mismo pensamiento: “Confiadle todas vuestras preocupaciones pues él cuida de vosotros” (1Pe 5, 7). Y los Salmos lo repiten incesantemente: “Descarga en Yahveh tus preocupaciones y él te sustentará; no dejará que el justo zozobre para siempre” (Sal 55, 23).

Abandonarse en las manos de Dios consiste en ceder completamente a Dios los derechos sobre la propia vida, el derecho sobre los planes, pensamientos, proyectos, deseos. Guiarnos no por nuestras *propias* miras, sino por las de Dios. Buscar su voluntad, y hacer sólo su voluntad.

Además se fundamenta en vivir el momento presente: ver a Dios aquí y ahora; preguntarse: ¿qué quiere Él de mí en este preciso momento? Sin preocuparnos por el pasado y menos por el futuro; todo lo que no sea presente ha de dejarse en las manos de la Providencia divina. Implica preocuparse solamente por el amor y la obediencia a la voluntad actual de Dios (lo que Él quiere aquí y ahora).

Consiste en disponer la propia voluntad para dejarse conducir por Dios; convertirse en instrumento de Dios, como la herramienta que usa el obrero para su obra. Consiste en acoger con fidelidad la inspiración y la moción divina.

El querer divino se manifiesta por dos caminos. El primero es la *voluntad que Dios ya ha expresado* y que conocemos a través de los diez mandamientos, de la ley natural, de los preceptos de la Iglesia, de los votos y promesas que hemos hecho correctamente, por el mandato de nuestros superiores y mayores, por los reglamentos del lugar donde vivimos, por nuestros deberes de estado, etc. Dios quiere, aquí y ahora, precisamente el cumplimiento de todas estas cosas. No es posible dudar de esta voluntad. Dios quiere que vivamos en total fidelidad esa voluntad divina.

Pero hay, además, otro camino por el que se manifiesta la voluntad divina: es la voluntad divina llamada “de beneplácito”. Consiste en aquellas otras cosas que no están contenidas en las reglas antes indicadas y que sabemos que Dios quiere porque Él permite que sucedan diariamente: enfermedades, dolores, cruces, alegrías, etc. o también inspiraciones divinas debidamente discernidas. El joven misionero conoce, así, que Dios le quiere que vaya a predicar a tal o cual lugar porque allí lo envían sus superiores o entiende que Dios le pide que abandone el lugar de sus ilusiones porque alguna dificultad imprevista le impide continuar allí; la persona que cae enferma sin poder curar sabe que Dios le pide esa cruz; etc. Esta voluntad jamás se opone a la anterior; la supone y agrega nuevos pedidos de Dios.

En todos estos casos debemos abandonarnos y aceptar con plena sumisión el querer divino. “No hay camino espiritual que sea más seguro que esta sencilla vía, decía el P. J. P. de Caussade, ni tan claro y fácil, tan amable y tan libre de errores e ilusiones. La persona ama a Dios, cumple sus deberes cristianos, frecuenta los sacramentos, practica las obras exteriores de religión que obligan a todos, obedece a sus superiores, cumple sus deberes de estado, resiste continuamente las tentaciones de la carne, la sangre y el demonio. Nadie, en efecto, es más atento y vigilante para cumplir con sus obligaciones que las almas que van por esta vía”.

Y San Francisco de Sales escribía en uno de sus “Entretenimientos”: “Nuestro Señor Jesucristo ama con extremada ternura a aquellos que cifran su dicha en abandonarse totalmente a su cuidado paternal, dejándose gobernar por la divina Providencia, sin pararse a considerar si los efectos de esta Providencia les serán útiles y provechosos, o perjudiciales; les guía la certeza que tienen de que nada les ha de enviar este divino y amabilísimo corazón, ni cosa alguna permitirá que les suceda, que no sea para utilidad y provecho de las almas, con sólo que pongan en Él toda su confianza. Como nos abandonemos enteramente a su divina Providencia, supuesto el cumplimiento de nuestros deberes cotidianos, Nuestro Señor cuida de todo y lo dirige todo... Entonces el alma es para Él como un niño para con su madre; cuando ella le deja en tierra para caminar, camina hasta que de nuevo lo toma en sus brazos; y si la madre quiere llevarle, no se opone: no sabe ni piensa a dónde va, mas de deja llevar y conducir a donde su madre quiera”.

“¡Qué claro y luminoso es este camino! Lo defiendo y lo enseño sin ningún temor, y estoy seguro de que todos me comprenden cuando digo que toda nuestra santificación consiste en recibir en cada instante las penas y deberes de nuestro estado como velos que nos ocultan y nos dan al mismo Dios” (J.P. de Caussade).

XXIII Un Padre bueno

“Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre Celestial dará cosas buenas a los que se la pidan?” (Mt 7,11).

Jesús enseña que su Padre es *bueno*. Evidentemente, la bondad se dice de la misma esencia de Dios: Dios, Uno y Trino, es Bueno; es la Bondad por esencia. Pero, además de esta acepción más general, Jesús

predica la Bondad particularmente de la Primera Persona de la Santísima Trinidad, es decir, de su Padre: “El Padre hace salir el sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos y pecadores” (Mt 5, 45); “vuestro Padre Celestial dará cosas buenas a los que se la pidan” (Mt 7, 11).

Esto se muestra especialmente en algunos de sus dones.

El primero es la *predestinación*, o sea, la elección eterna que ha hecho de nosotros. San Pablo no se cansa de cantar la bondad de Dios Padre, manifestada en esta extraordinaria merced: “Bendito el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo —dice en la Carta a los Efesios— que nos escogió antes de que el mundo fuera creado... nos predestinó a ser hijos suyos... por un puro efecto de su buena voluntad” (Ef 1, 3-5). Y esto lo ha hecho el Padre porque es bueno. Nada le obligó a crearnos. Lo ha hecho, como dice el Salmo 135: “porque es bueno, porque su misericordia es eterna”.

Por eso escribe San Juan: “Queridos, amemos a Dios porque Él nos amó primero” (1 Jn 4, 19). Madrugó para amarnos antes que amaneciese el mundo. Él es el Padre que antes que sus hijos despierten ya ha dispuesto todo para ellos y a favor de ellos.

El segundo don es habernos dado a su Hijo en la Encarnación. Cuando cinco siglos antes de Cristo, al profeta Isaías se le revela la Encarnación dice con palabras misteriosas, mirando el futuro: “Un niño nos ha nacido, un hijo *nos ha sido dado*. Estará el señorío sobre su hombro, y se llamará su nombre «Maravilla de Consejero», «Dios Fuerte», «Siempre Padre», «Príncipe de Paz»” (Is 9, 5). “Nos ha nacido”, “se nos ha dado”. Es un don del Padre. El Evangelista San Juan dice: “De tal manera amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito” (Jn 3, 16). “Tanto amó”. Nada lo obligaba; y menos a hombres tan alejados de Él como nosotros.

Y precisamente nos ha dado a su Hijo Único para que nos enseñe que Dios Padre es “nuestro Padre”. Porque es el Hijo de Dios quien nos enseña a rezar la más hermosa de las oraciones y quien nos explica que su Padre Dios es también “Padre nuestro”.

Pero no sólo nos hizo el don de su Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros. Y éste es el misterio más grande del amor del Padre. San Pablo lo dice lleno de emoción y admirado de la magnitud de esta bondad: “No perdonó a su propio Hijo sino que lo entregó por todos nosotros”

(Rm 8, 32). Si no estuviese revelado, nunca nos atreveríamos a repetir algo así.

El mismo Apóstol dice: "La prueba de que Dios nos ama es que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros... Si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvados por su vida!" (Rm 5, 8-10).

La bondad de Dios Padre se nos manifiesta en los santos. Por Él son buenos los buenos, porque toda bondad viene de Dios. Los hombres, incluso los paganos y los incrédulos, no pueden resistir la bondad y la caridad. En la India no fueron los católicos sino el gobierno local, que tantas trabas pone a la Iglesia, el que se tomó la iniciativa de levantar una estatua a la beata Teresa de Calcuta, y se enorgullece en tenerla como hija predilecta, a pesar de ser una monja católica y extranjera, porque su caridad heroica con los pobres más pobres, como el sol, no puede taparse con la mano. ¿Quién puede negar la bondad resplandeciente de Don Orione o de José Benito Cottolengo, y de todos los que dedicaron y dedican sus vidas a los rechazados del mundo, a aquellos de quienes muchos esconden la mirada: los discapacitados, los deformes, los leprosos, los ancianos? ¿Y de dónde sacan fuerza para ser tan buenos sino del Padre a quien rezan y contemplan? De San Vicente, santo de la caridad, decía Bossuet: "¡Qué bueno debe ser Dios cuando ha hecho tan bueno a Vicente de Paúl!"

En los Salmos encontramos oraciones bellísimas que proclaman la bondad y la generosidad de Dios con sus hijos:

"¡Qué grande es tu bondad, oh Dios!
Tú la reservas para los que te temen,
se la brindas a los que a ti se acogen,
ante los hijos de Adán.
Tú los escondes en el secreto de tu rostro,
lejos de las intrigas de los hombres;
bajo techo los pones a cubierto
de la querrela de las lenguas.
¡Bendito sea Dios que me ha brindado
maravillas de amor en ciudad fortificada!
¡Y yo que decía en mi inquietud:
«Estoy abandonado de tus ojos!»

Mas tú oías la voz de mis plegarias
 cuando clamaba a ti.
 Amad a Dios, todos sus amigos;
 Dios protege a los fieles,
 pero devuelve con creces
 al que obra por orgullo.
 ¡Valor, que vuestro corazón se afirme,
 vosotros todos que esperáis en Dios!" (Salmo 31).

La bondad de Dios Padre reclama, de parte nuestra, confianza. Santa Teresita del Niño Jesús decía: "Jamás se tiene demasiada confianza en Dios, tan bueno y misericordioso: ¡se obtiene de Él cuanto de Él se espera" ("Historia de un alma", 12, 40).

Confianza en el Padre a pesar de nuestras miserias y límites corporales. Confianza en Dios Padre a pesar de nuestras penurias espirituales, aunque hayan sido tan grandes como el pecado mortal. Todo hombre, aunque sea gran pecador, como dice Santa Teresa de Jesús en una de sus Cartas, "tiene... buen Dios que le ama".

Un Dios tan bueno no puede menos que ser amado. No hay premio más grande que amar a Dios ni castigo más atroz que la incapacidad de amarlo.

XXIV. Un Padre y dos dones extraordinarios

"Es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo" (Jn 6, 32)

Si bien todo lo bueno lo recibimos del Padre, Jesús acentúa la bondad divina cuando se refiere a dos dones particularmente extraordinarios: la Eucaristía y el Espíritu Santo.

Del primero dice en el *Discurso del Pan de vida*: "En verdad, en verdad os digo: No fue Moisés quien os dio el pan del cielo; es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo" (Jn 6, 32). El Pan del cielo es su propio cuerpo:

"Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna,

y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él" (Jn 6, 53-56).

Estas palabras escandalizaron a la mayoría de sus seguidores, a pesar de que jamás se hubieran pronunciado sobre la Tierra otras más conmovedoras ni volverían a oírse otras que las puedan igualar.

Y Jesús insiste que esto es obra de su Padre: "Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí. Éste es el pan bajado del cielo; no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre" (Jn 6, 57-58).

Ese pan es, como dirá más tarde Pablo, "comunión con el cuerpo de Cristo y comunión con la sangre de Cristo" (cf. 1Co 10, 16).

Del segundo don, el que es llamado "Don" por excelencia, dice el mismo Jesús: "Mirad, voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre" (Lc 24, 49). Y en otro lugar: "Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!" (Lc 11, 13).

San Pablo explica que el Padre nos envía el Espíritu Santo precisamente para que Éste nos enseñe a ser hijos y a tratarlo como padre: "Nos envió el Espíritu de su Hijo, que nos hace clamar: ¡Padre!" (Gal 4, 6).

El Espíritu Santo es don del Padre y del Hijo, prometido por el Padre desde los profundos designios de su Corazón. "Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre" (Jn 15, 26); y también: "el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre" (Jn 14, 26).

Es el Espíritu quien nos instruye y enseña: "el Espíritu Santo... os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Jn 14, 26). "Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; ...os anunciará lo que ha de venir" (Jn 16, 13). Él da testimonio de Jesucristo, llevándonos así a la fe: "el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí" (Jn 15, 26).

Es el Espíritu el que nos cuida en nombre de Cristo y nos guía con solicitud paternal en su Nombre: "yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito,

para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros. No os dejaré huérfanos: volveré a vosotros” (Jn 14, 16-18).

XXV. Un Padre que se revela en su Hijo

“Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre”
(Jn 8, 19).

Vale la pena insistir en esta idea tan importante: al Padre lo vemos en Jesucristo.

Tanto había hablado Jesús del Padre que, sobre el final de su vida, los apóstoles deseaban ardientemente verlo. “Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta”, dice Felipe (Jn 14, 8). “La visión del Padre es el término de todos nuestros deseos y acciones”, ha escrito Santo Tomás al comentar este pasaje; y añade la cita de dos Salmos: “nos llenarás con la visión de tu rostro” (Sal 15, 11) y “[Él] me llena de alegría con su rostro” (Sal 102, 5). Pero esto motiva la magnífica queja-revelación de Jesús: “Le dice Jesús: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?»” (Jn 14, 9-10).

A sus adversarios había dicho algo semejante, aunque no tan explícitamente. Cuando aquéllos le preguntan: “¿Dónde está tu Padre?”, Jesús les responde: “No me conocéis ni a mí ni a mi Padre; si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre” (Jn 8, 19); y pocos versículos más adelante añade: “Yo hablo lo que he visto a mi Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído a vuestro padre” (8, 38).

Es indudable que esta segunda afirmación, pronunciada en el contexto de una discusión con sus contrincantes, puede entenderse como si estuviese diciendo que los fariseos no conocen a su Padre porque rechazan al Hijo, porque hay vínculos indisolubles entre Padre e Hijo. Pero creo que el diálogo con Felipe durante la Última Cena va más allá. Jesús no es el Padre (no faltó algún hereje —como Sabelio— que entendiera en este sentido las palabras de Cristo); su fórmula “yo estoy en el Padre y el Padre está en mí” habla más de la mutua compenetración entre las Personas de la Santísima

Trinidad y de la unidad de esencia, y no de la identidad de personas. Jesús se sabe “uno” con el Padre en cuanto a la naturaleza divina: “el Padre y Yo somos uno” (Jn 10, 30); “creed por las obras, y así sabréis y conoceréis que el Padre está en mí y yo en el Padre” (Jn 10, 38). Pero al mismo tiempo también afirma que Él es distinto del Padre, por eso dice constantemente: “el Padre que me ha enviado” (Jn 5, 37), “voy al Padre” (Jn 14, 12), “subo a mi Padre” (Jn 20, 17), distinguiéndose de Él.

Sin embargo, también dice, como a Felipe, que Él es, para nosotros, el rostro del Padre. Y yo creo que esto también ha de entenderse de algo más, a saber: que sus actitudes son paternas y sus virtudes hacia los hombres son las propias de un padre, reflejando así que el amor que Él —Jesús— nos revela, es el amor del Padre, su abrazo nos muestra el abrazo del Padre, su misericordia manifiesta la misericordia del Padre, su ternura descubre la del Padre, su providencia da a conocer el interés que el Padre tiene por cada hombre, su protección pregona la seguridad que nos ofrece el Padre. El padre que describe Jesús en la parábola del hijo pródigo (cf. Lc 15) es, por eso, una imagen tanto de Dios Padre, como del mismo Jesús que, como Hijo perfecto refleja los rasgos aprendidos de su Padre.

De este modo los hombres, conociendo a Jesús, no sólo penetramos, como es obvio, en el misterio de la Segunda Persona de la Trinidad, sino, de una manera recóndita, también se nos abre algo del arcano de la Primera Persona.

De aquí que San Pablo dijera más tarde, que “Jesucristo es imagen de Dios invisible” (Col 1, 15). Imagen, “eikon”, es una representación perfecta y también la manifestación perfecta de algo. El Apóstol dice, pues, que Jesucristo es la “perfecta manifestación de Dios”. Para conocer cómo es Dios, debemos mirar a Jesús. Como el término “eikon” también era usado en los documentos legales griegos para indicar las características principales de cada uno de los contratantes, de modo tal que no hubiera más tarde errores sobre la identidad de los firmanes (una especie de breve resumen de los rasgos más sobresalientes de cada contratante, como hoy en día las fotografías de nuestros documentos de identidad), el Apóstol viene a decirnos que en Jesucristo vemos los rasgos propios de Dios, sus notas características; verlo a Él equivale a entender cómo es Dios Padre. Jesús es revelador del Padre no sólo al hablar del misterio del Padre, sino al dar a conocer al Padre a través de sus gestos.

Ireneo de Lyon ha dejado escrito en un magnífico párrafo:

“El Padre ha revelado a este Hijo para manifestarse a Sí mismo por él (...) Así pues, el Padre se ha revelado para todos, y para todos ha hecho visible a su Verbo: y al mismo tiempo el Verbo ha mostrado a todos al Padre y al Hijo, cuando se dejó ver de todos (...) En efecto, el Verbo revela a Dios Creador por medio de la misma creación, al Hacedor del mundo por medio del mundo, al artista Plasmador por medio de los seres plasmados, y, por medio del Hijo, al Padre que engendró al Hijo (...) El Padre se manifestó en su Verbo hecho visible y palpable: todos vieron al Padre en el Hijo, aunque no todos creyeron en Él. Pues lo invisible del Hijo es el Padre, y lo visible del Padre es el Hijo. Por eso, mientras Él estuvo presente, todos lo reconocían como Cristo y lo llamaban Dios. El diablo tentador proclamó al verbo: ‘Sabemos quién eres, el Santo de Dios’ (Mc 1,24; Lc 4,34). Y el diablo tentador le dijo: ‘Si tú eres el Hijo de Dios’ (Mt 4,3; Lc 4,3). Aunque todos veían y nombraban al Hijo y al Padre, sin embargo no todos creían en Él” (*Contra la herejías*, libro 4, 6, 5-6).

XXVI Un Padre que nos poda

“Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto” (Jn 15, 1-2).

Cristo es la “Vid” verdadera; su Padre, el cultivador de la viña espiritual en que está plantada. Cristo es, pues, quien influye directamente en los “sarmientos”, y el Padre es el principio que infunde la vida en ellos.

Los “sarmientos” somos nosotros, sus hijos y fieles, en la medida en que estemos unidos a Él. Jesús habla con auténtico conocimiento del oficio de cultivador. Al sarmiento que no da fruto se lo poda. Hay que dejar limpia la vid; hay que facilitar otras fructificaciones. Cuando la vid tiene excesivas ramificaciones, demasiados sarmientos, hay que limpiarla de esta proliferación excesiva que consume la savia, impidiendo que fructifiquen ubérrimos los sarmientos convenientes. Todo esto tiene una aplicación espiritual a la Iglesia y a las almas.

Se trata de los cristianos, pues Jesús habla de “de todo aquel que está en mí”, es decir unido a Él. Esto puede suceder de dos maneras.

La primera es estar en Él, pero sin “dar fruto”; a éste el Padre lo “cortará”. Alguien está unido a Cristo sin dar fruto cuando su unión es por una fe débil, ya que “la fe sin obras es una fe muerta”, como ocurre cuando la fe “no se hace operosa por la caridad”. De estos sarmientos se dice que serán cortados de la vid, aunque no se explicita cuándo sucederá. Puede ocurrir en la muerte, o por la excomunión o separación de Cristo, o por la pérdida de la fe. Pero el aviso tiene mucha gravedad: este tipo de “sarmientos” está expuesto a ser desgajado de la vid. También Judas estuvo unido a Jesús. Quizá la referencia a que tales sarmientos serán “cortados y echados al fuego” (15, 6), alude especialmente al juicio final.

¿Quién los cortará? El Padre, que es el “viñador”, aunque debemos entender esto en el sentido de que él los corta *una vez que ellos se han hecho a sí mismos inútiles*: si los sarmientos caen es porque se desgajan, no es la cepa la que los arroja. El Padre “viñador” hará lo que corresponde a esa culpable separación, a ese estéril modo de estar en la Vid. Esta enseñanza nos muestra la responsabilidad que nos compete en el mal uso de nuestra libertad y la culpabilidad por no cooperar con la gracia.

En cambio, si estando unido a Cristo, el sarmiento “da fruto”, el Padre “viñador” lo “podará”, es decir, lo “purificará”. Él es quien ejerce esta providencia sobre la “Vid” y sus “sarmientos”. Y dice “a todo el que dé fruto”, abriendo al cristiano auténtico la gran perspectiva de las “purificaciones benéficas” de las que hablan todos los santos. ¿Por qué lo poda? “Para que dé más fruto”.

Cuando en la vid los sarmientos se multiplican con exceso, la desproporcionada proliferación quita la savia, y los sarmientos pierden vigor y sazón. Entonces, el Padre “viñador” “purifica”, quitando todos los obstáculos que puedan aún entorpecer en el “sarmiento” la plena expansión de la savia, para que madure en Cristo. Esta enseñanza resulta el más hondo comentario a la terrible pregunta del Libro de Job: “¿por qué sufre el justo?” La respuesta coincide con la de San Agustín: “el Dios Todopoderoso... por ser soberanamente bueno, no permitiría jamás que en sus obras existiera algún mal, si Él no fuera suficientemente poderoso y bueno para hacer surgir un bien del mismo mal”. Es una poda temporal en orden a una fructificación eterna.

Cómo será esta purificación no se dice. Pero ha de consistir en crucificar lo humano para vivir la vida divina; Jesús lo expresó con una frase dirigida a todo discípulo: “niéguese a sí mismo, tome su cruz

y sígame". Quizá para alguno puede significar la entrega de la vida entera; para muchos otros se concreta en la abnegación diaria y en la crucifixión por medio de las dificultades cotidianas.

Las podas de la vida, nuestros dolores, soledades, males, pruebas, adquieren, en esta expresión de Jesús, un carácter nuevo: también en ellas se manifiesta el inmenso amor del Padre.

XXVII Un Padre que nos prepara el paraíso

"Alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos"
(Lc 10, 20).

El amor que el Padre siente por nosotros, culmina haciéndonos vivir eternamente: "Ésta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna y que yo le resucite el último día" (Jn 6, 40); "El Padre resucita a los muertos y les da la vida" (Jn 5, 21).

También lo expresó el Señor durante su despedida en la Última Cena con una idea densa y hermosa: "En la casa de mi Padre hay muchas mansiones (...); voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros" (Jn 14, 2-3).

Es Jesús quien nos prepara un lugar; pero ese lugar está en la Casa de su Padre que pasará a ser "nuestra casa" porque tal es el beneplácito del Padre. Como dice el Señor en el Evangelio de San Lucas: "No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino" (Lc 12, 32); es decir, su vida íntima por toda la eternidad.

Escribía Santa Teresa: "¿Pensáis que importa poco saber qué cosa es cielo y adónde se ha de buscar vuestro sacratísimo Padre? Pues yo os digo que para entendimientos derramados (= disipados) que importa mucho, no sólo creer esto, sino procurarlo entender por experiencia. Porque es una de las cosas que ata mucho el entendimiento y hace recoger el alma" (Santa Teresa, "Camino de Perfección", c. 28, 1).

El ver a Dios y poseerlo es el deseo más hondo y existencial de toda creatura racional, como ya hemos dicho anteriormente y podemos recoger en tantos textos sagrados:

“Tras mi despertar me alzaré junto a él,
y con mi propia carne veré a Dios.
Yo, sí, yo mismo le veré,
mis ojos le mirarán, no ningún otro.
¡Dentro de mí languidecen mis entrañas!” (Job 19, 26-27)

También lo expresaba el Salmista:

“Mas yo, en la justicia, contemplaré tu rostro,
al despertar me hartaré de tu imagen” (Salmo 17,15).

El cielo es, precisamente, como enseñan los apóstoles, esa visión de Dios. Así Juan: “Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es” (1Jn 3, 2); y también Pablo: “Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Al hacerme hombre, dejé todas las cosas de niño. Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido” (1Co 13, 11-12).

ES una visión no corporal sino intelectual; un conocimiento intuitivo, o sea, inmediato y eternamente presente por el cual se percibe a Dios como es en sí, inmediatamente sin ningún medio como serían las analogías, metáforas, imágenes, etc.

Es un conocimiento no oscuro, sino luminoso, por el que Dios se distingue de cualquier otra realidad; no confuso, sino preciso, que hace percibir a Dios según su entidad esencial, y no meramente según algún aspecto accidental o genérico; no abstracto, extraído de las creaturas, como el que tenemos ahora en la tierra (cf. Rm 1, 20), ni por medio de la fe, extraído de la revelación, sino un conocimiento concreto de la esencia misma de Dios. Aunque no es, evidentemente, un conocimiento que agote completamente el misterio divino, porque jamás ninguna creatura podrá abrazar intensiva y extensivamente de un modo adecuado la cognoscibilidad entera de la Santísima Trinidad.

A esa visión se une indisolublemente un acabadísimo amor de la voluntad, que es un amor de consumada amistad en el que Dios es en el bienaventurado como la realidad amada para la persona que ama, mediante una unión del alma con Dios no simplemente afectiva, sino real.

Y de esa visión y amor divino se derrama un gozo pleno y perenne que nada puede opacar, eclipsar ni arrebatarse.

Como lo describió Dante:

*Luce intellettuale, piena d'amore
amor di vero bien, pien di letizia;
letizia che trascende ogni dolzore (Par 30,40-42)*

“Luz intelectual, llena de amor / amor del verdadero bien, pleno de júbilo; / júbilo que trasciende toda dulzura”. El cielo nos dará —y da ya mismo a quienes viven en él— la gustosa posesión de la Verdad, que es una Luz intelectual colmada de amor; el Amor del verdadero bien, lleno de alegría; y la Alegría que trasciende toda dulzura terrena.

“La vida eterna, dice Santo Tomás, es un bien que supera toda proporción con la naturaleza creada, pues queda incluso fuera de su conocimiento y de su deseo, según aquello de 1Co 2, 9: ‘Ni el ojo vio ni el oído oyó ni subió al corazón del hombre’. Por eso ninguna naturaleza creada se basta para producir un acto que merezca la vida eterna, a menos que se le añada un don sobrenatural al que llamamos gracia” (Suma Teológica, I-II, 114, 2). Pero la bondad de Dios la ofrece al hombre.

Si los cristianos supieran qué es el cielo, lo pedirían con un deseo tan vehemente que toda dilación les parecería tormento: “muero porque no muero”, como dice Santa Teresa. Santo Tomás compuso una oración, que él rezaba con frecuencia, pidiéndolo. He aquí una libre adaptación de esa plegaria:

A ti, Dios que eres bálsamo y amparo,
Quien sólo topas en el alma los dones
que anticipadamente tú mismo allí sembraste,
te pido:
... que me concedas, cuando cortes las amarras
que sujetan mi barca en este muelle de la vida,
conocer tu Verdad Última y Primerísima
y zambullirme deliciosamente en tu océano divino.

A mi cuerpo, tú, pagador generoso,
dale el esplendor de las estrellas,
la agilidad y delicadeza de las fugaces cometas,
y la firmeza de las cordilleras milenarias.
Añade un diluvio de riquezas;
inúndalo de deleites y haz confluír en él todos los bienes
para que pueda gustar:
en lo alto, tu consuelo;
por debajo, el frondoso paisaje,
por dentro, la gloria corporal y espiritual,
y en derredor, la fascinante amistad de los ángeles y los hombres.

Regálame, Padre clementísimo:
toda la sabiduría de la que es capaz mi razón,
la saciedad de todos mis sentidos,
la victoria de todas mis batallas
(pues a tu lado, no existe ya peligro alguno),
todos los grados de la felicidad,
armonía con todas las demás voluntades;
y todo esto en ese lugar donde se acompaña
el encanto primaveral con la opulencia del verano,
la dulzura del otoño y el sosiego invernal.

Te pido, pues, la vida que no muere,
el gozo sin sufrimiento,
el compendio perfecto donde se concilia
la máxima libertad, el libre resguardo,
la pacífica tranquilidad, la risa jovial,
la eternidad feliz, la bonanza eterna,
la visión de la verdad y tu alabanza.

Aquello, en suma, que llamamos cielo. Amén.

Relatando un sueño sobre el cielo, Don Bosco se limitó a decir a los jóvenes: "Os diré con santa Teresa lo que ella afirmó del Paraíso: son cosas que si se habla de ellas pierden valor, porque son tan bellas que es inútil esforzarse en describirlas" (Memorias Biográficas del Oratorio, vol. 7, 680).

Murmurando casi como en un canto "Voy a la luz, al amor, a la vida", expiró la beata Isabel de la Trinidad.

Ése es el regalo del Padre.

XXVIII Conclusión: la devoción al Padre que nos ha amado

“Tú los amaste, como me has amado a mí” (Jn 17, 23).

Con estas impresionantes palabras la revelación de Jesús sobre su Padre y su relación con nosotros llega a su cumbre. El Padre nos ha amado del mismo modo que amó a Jesús. Con razón Éste, ya resucitado, podía decir a María Magdalena: “Ve a mis hermanos y diles: subo a mi Padre que es también vuestro Padre, a mi Dios que es también vuestro Dios” (Jn 20, 17).

El fruto de toda la revelación de Jesús es lo que enseña San Pablo: podemos llamar a Dios: “Abbá, Padre” (Rm 8, 15).

Ante la zarza ardiendo, se le dijo a Moisés: “No te acerques aquí. Quita las sandalias de tus pies” (Ex 3,5). Este umbral de la santidad divina sólo podía franquearlo Jesús; pero Él ha querido introducirnos también a nosotros en la presencia del Padre. Por eso dice San Pedro Crisólogo: “La conciencia que tenemos de nuestra condición de esclavos nos haría meternos bajo tierra, nuestra condición terrena se desharía en polvo, si la autoridad de nuestro mismo Padre y el Espíritu de su Hijo, no nos empujasen a proferir este grito: *Abbá, Padre* (Rm 8,15)... ¿Cuándo la debilidad de un mortal se atrevería a llamar a Dios Padre suyo, sino solamente cuando lo íntimo del hombre está animado por el Poder de lo alto?” (San Pedro Crisólogo, Sermones, 71).

Por eso puede comprenderse con toda claridad que la devoción al celestial Padre sea esencial para la vida espiritual e incluso para el equilibrio de todo ser humano. ¿Puede, un hombre, estar “centrado” cuando le faltare algo tan fundamental como este vínculo radical de su ser?

Pero, una espiritualidad centrada en la devoción a nuestro Padre de los cielos, ¿en qué consistiría propiamente? En tres grandes rutas del alma:

1º Ante todo, ascéticamente hablando, en tres virtudes fundamentales. La primera, el *silencio* interior porque no se puede hallar al Padre en el tumulto y en el ruido: “Cuando quieras orar, entra en tu aposento

y habiendo cerrado la puerta, ruega a tu Padre, el cual está presente en el secreto de tu corazón" (Mt 6, 6). Luego en la *humildad* que brota de la conciencia de que todo lo hemos recibido de Él: "¿Qué tienes que no hayas recibido?" *del Padre* (1Co 4, 7). Finalmente, en la *simplicidad* o unidad del corazón que se manifiesta en quien lo busca sin doblez: "Sed sencillos como palomas" (Mt 10, 16).

2° En cuanto a las notas características de esta devoción, también podemos indicar tres.

La primera es la *devoción al estado de gracia* porque este estado es, sobre todo, la presencia de la Santísima Trinidad —Padre, Hijo y Espíritu Santo— en lo más íntimo del alma: "Si alguno me ama, conservará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos en él nuestra morada" (Jn 14, 23). Es un sinsentido pretender amar al Padre y no apreciar su presencia en el alma como más valiosa que la misma vida. Por eso, amar al Padre es incongruente con el estado de pecado, en el que al Padre se le cierran las puertas del corazón humano.

La segunda nota es *vivir intensamente las virtudes teologales* por las que nos unimos a Dios: la fe, la esperanza y la caridad. "Sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús", dice San Pablo (Gal 3, 26).

La tercer nota es la *docilidad a la voluntad del Padre*: "No todos los que me dicen: 'Señor, Señor', entrarán en el reino de los cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre" (Mt 7, 21). La voluntad de Dios se realiza en el cumplimiento de los mandamientos, en la fidelidad al deber de estado y en la entrega filial al beneplácito del Padre ("Padre... ¡hágase tu voluntad!").

3° Por último, en cuanto a los efectos que produce esta espiritualidad, destaquemos los tres más buscados por los hombres:

El primero es la *libertad*, pues San Pablo dice que toda la creación aspira a "participar de la libertad gloriosa de los hijos de Dios" (Rm 8, 21). Quienes viven plenamente la filiación divina, son libres: emancipados de su egoísmo porque, ante todo, piensan en la gloria del Padre; y de las mismas realidades creadas en las que ya no buscan la felicidad suprema que saben que ha de darles sólo Dios.

El segundo efecto es la *paz*, fruto del amor del Padre: "Que la gracia y la paz de Dios nuestro Padre y de Jesucristo, nuestro Señor, sea con

vosotros”, reza el Apóstol (Ef 1, 2). Paz con nuestro pasado por sabernos perdonados por su Misericordia paterna; paz respecto del porvenir porque sabemos lo que Él nos prepara en su reino; paz en el presente, porque nos confiamos a su cuidado providente.

Y, en fin, la *alegría*: “Que vuestra sociedad sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Y nosotros os escribimos estas cosas, a fin de que vuestra alegría sea completa” (1Jn 1, 4). Este gozo nace de la conciencia de ser amados del Padre y habitados por Él. Esta verdad es la fuente más alta de la alegría, como dice Jesús en la Última Cena: “Os he dicho estas cosas [*entre otras, la verdad del amor del Padre y su presencia en nuestras almas*] para que os gocéis con mi gozo y que vuestro gozo sea perfecto” (Jn 15, 2).

Al final de estas páginas reconocemos que hemos dicho muy poco de este misterio que hacía saltar de gozo el Corazón de Jesús, porque, como dice San Gregorio el Grande, “es a nuestro modo, balbuceando, que enunciamos las alturas divinas”. Pero nos consuela que el gigante San Agustín haya escrito en sus “Confesiones” estas palabras:

“Dios mío de mi vida y dulzura de mi alma, ¿qué es todo esto que acabo de decir, respecto de lo que Vos sois?, ¿y qué es cuanto puede decir cualquiera que hable de Vos? Y así, infelices y desgraciados aquellos que de Vos no hablan; pues aun los que hablan mucho de Vos se quedan tan cortos como si fueran mudos”.

XXIX. Homenaje Padre

(adaptado de Émile Guerry)

Padre, que manifestaste tu amor para con nosotros enviando a tu Hijo al mundo a fin de que viviésemos por Él (1Jn 4, 9);

Padre, que nos predestinaste a ser hijos tuyos adoptivos por medio de Jesucristo, por causa de tu amor (Ef 1, 5);

Padre, que nos amaste hasta querer hacer de nosotros verdaderamente tus hijos (1Jn 3, 1);

Padre, que enviaste a nuestros corazones el Espíritu de tu Hijo, el cual nos hace clamar hacia Ti: ¡Padre! (Gal 4, 6);

Padre, que nos colmaste en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales (Ef 1, 3);

- Padre, que nos escogiste antes de la creación del mundo, para ser santos y sin mancha en tu presencia por el amor (Ef 1, 4);
- Padre, que nos arrancaste a la potestad de las tinieblas para trasladarnos al reino de tu Hijo muy amado (Col 1, 13);
- Padre, que nos hiciste capaces de tener parte en la herencia de los santos en la luz (Col 1, 12);
- Padre, que nos amaste y nos diste con tu gracia el consuelo eterno y la esperanza (2Tes 2, 16);
- Padre de Jesús, que según tu gran misericordia nos regeneraste por la resurrección de Jesucristo para una viva esperanza (1Pe 1, 3);
- Padre de las misericordias y Dios de toda consolación (2Co 1, 3);
- Padre, que haces nacer el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores (Mt 5, 45);
- Padre, que a nadie juzgas, sino que todo el poder de juzgar lo diste a tu Hijo (1Jn 5, 22);
- Padre, que tienes en ti mismo la vida y diste al Hijo el tener la vida en sí mismo (Jn 5, 26);
- Padre, que enviaste a tu Hijo, Jesús, para que todos los que lo ven y creen en Él tengan vida eterna (Jn 6, 40);
- Padre de Jesús, que nos das el verdadero pan del cielo (Jn 6, 32);
- Padre, que ves en el secreto de nuestras almas (Mt 6, 18);
- Padre, que conoces todas nuestras necesidades (Mt 6, 32);
- Padre, que alimentas a las aves del cielo y vistes los lirios del campo (Mt 6, 26);
- Padre, sin cuya disposición no cae en tierra un solo pajarillo (Mt 10, 29);
- Padre, Señor del cielo y de la tierra, que tienes encubiertas estas cosas a los sabios y a los prudentes del siglo, pero las revelas a los pequeños (Mt 11, 25);
- Padre, que buscas adoradores en espíritu y en verdad (Jn 4, 23);
- Padre de Jesús, de quien proviene toda paternidad en el cielo y en la tierra (Ef, 3, 15);
- Padre de todos los hombres, que estás por encima de todos (Ef 4, 6);
- Padre de las luces, de quien desciende toda dádiva preciosa y todo don perfecto (St 1, 17);
- Padre, en quien no cabe mudanza, ni sombra de variación (St 1, 17);

...Yo te ofrezco,
en testimonio de mi filial ternura,
el homenaje de mis obras, mis pensamientos,
mis dolores, mis alegrías, mis victorias, mis fracasos,
y en fin, mi vida entera,
por medio del Corazón de tu Hijo
que me ha hecho conocer tu infinito Amor.

ÍNDICE

Un Padre ignorado	7
Un Padre que habita en nuestros corazones	9
Un Padre que nos escucha	12
Un Padre para el que valemos mucho	13
Un Padre que se complace en sus hijos	15
Un Padre digno de respeto	16
Un Padre para imitar	18
Un Padre que ve en lo secreto	20
Un Padre atento	22
Lo que el Padre quiere que le pidamos	24
Un Padre providente	27
Un Padre que se manifiesta a los sencillos	29
Un Padre con Rostro	30
Un Padre que perdona, pero exigiendo perdón	32
Un Padre que escucha las oraciones que vienen en nombre de su Hijo	34
Un Padre que pone todo en manos de su Hijo	36
Un Padre que atrae	38
Un Padre de amor preveniente	40
Un Padre que nos dignifica al hacernos hijos	42
Un Padre que bendice	44
Un Padre generoso	45
Un Padre en quien abandonarnos	46
Un Padre bueno	48
Un Padre y dos dones extraordinarios	51
Un Padre que se revela en su Hijo	53
Un Padre que nos poda	55
Un Padre que nos prepara el paraíso	57
Conclusión: la devoción al Padre que nos ha amado	61
Homenaje Padre	63





